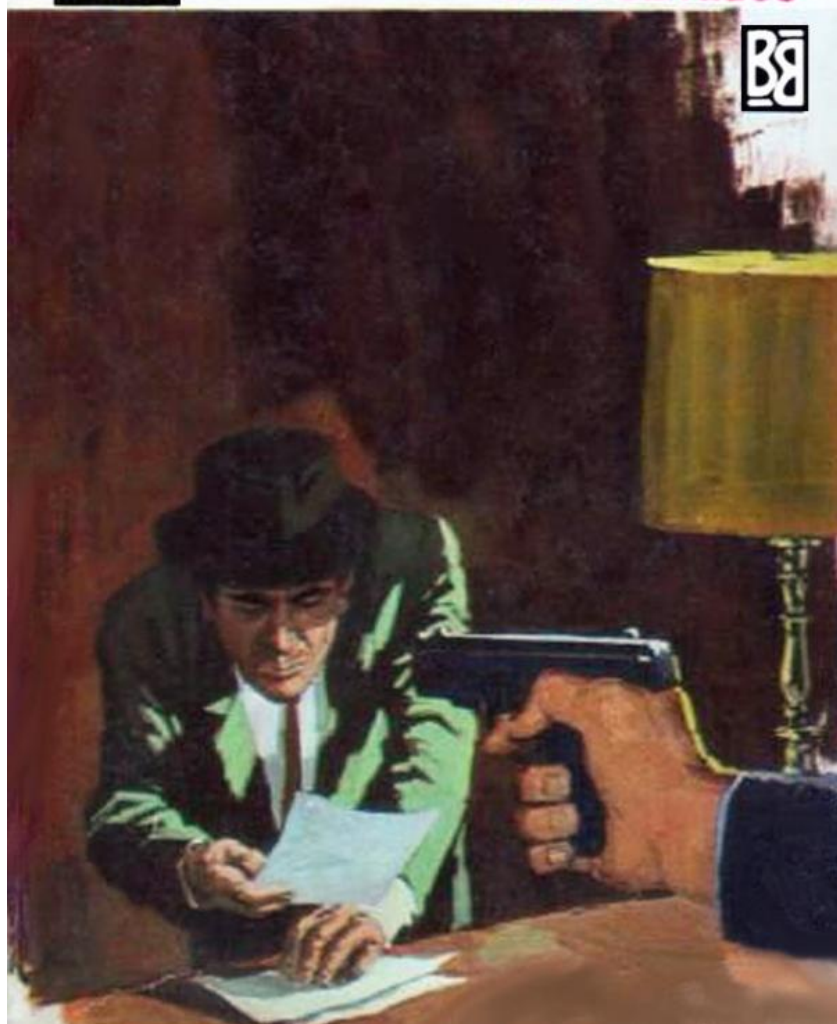


PUNTO
ROJO

por falta de pruebas

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

POR FALTA DE PRUEBAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 356
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 42.833 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero 1969

© CLARK CARRADOS - 1969

sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1969

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.094. — El último obstáculo.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
959. — Película de un crimen.
- En Colección BUFALO:
800. — La guarida.
- En Colección CALIFORNIA:
597. — Escuadrón de fantasmas.
- En Colección COLORADO:
538. — El orgullo del diablo.
- En Colección KANSAS:
427. — El orgullo y la furia.
- En Colección BRAVO OESTE:
373. — La marca borrada.
- En Colección PUNTO ROJO:
354. — La isla de las trampas .
- En Colección SALVAJE TEXAS:
533. — La sed del infierno.
- En Colección ASES DEL OESTE:
453. — Se vende una pistola.
- En Colección ENVIADO SECRETO:
46. — Agente especial en huelga.

CAPITULO PRIMERO

Estaba terminando de pasarse la maquinilla de afeitar por la cara, cuando la vio a través del espejo. Durante unos instantes, Kent Denning permaneció con la mano derecha en alto y la maquinilla zumbando furiosamente en el vado, sin vello en el que pudieran agarrar sus cuchillas.

Era una muchacha de pelo castaño y ojos claros y risueños, bien formada y vestida con discreta elegancia. Tendría unos veintitrés o veinticuatro años y parecía resuelta, inteligente y osada, pero con una innegable dosis de simpatía en su cara, de un óvalo casi perfecto.

—Siga, siga afeitándose, sargento —dijo ella—. ¿O debo llamarle simplemente señor Denning?

—¿Quién es usted? —preguntó él, reanudando el afeitado—. Y, sobre todo, ¿qué le trae por aquí?

—Me llamo Edwina Thorren y trabajo en el *Herald*, precisamente el periódico en el cual estaba usted empleado hasta que se marchó hará unos tres años. Todavía hay quien recuerda sus informaciones de aquella época, señor Denning.

—Me gustaba el oficio —respondió él simplemente.

—Pero más le gustaba vivir, ¿no? Y en vista de que la situación se ponía fea en *Gauntville* para algunos miembros de la profesión periodística, decidí poner agua de por medio... nada menos que el Atlántico, y se reenganchó en el Ejército, donde ha estado tres años en Europa.

—Si piensa que me fui por miedo, se equivoca, señorita Thorren. Mis motivos fueron muy otros —manifestó Denning.

—Ya. Sus... motivos se llamaban Cherry Minette, ¿no es así?

Denning terminó de afeitarse. Sopló sobre la maquinilla eléctrica, la desconectó, dejándola a un lado y luego se aplicó algunas gotas de loción en la cara. Acto seguido se volvió hacia la joven.

Era un hombre fuerte, musculoso, no demasiado alto, pero tampoco lo suficientemente bajo como para ser mirado por encima

del hombro. Tenía el pelo oscuro y la mandíbula cuadrada. Su poderoso torso parecía ir a reventar las costuras de la camiseta militar que lo cubría.

—Cherry Minette —repitió, mientras alargaba la mano hacia la camisa que pendía de un colgador—. ¿Quién le ha dado ese nombre? Usted no es de *Gauntville*, que yo sepa.

—No, no lo soy. Llegué hará unos dos años, recién graduada en periodismo por Columbia e ingresé en el *Herald*, donde llevo la sección de «Sociales». No puedo quejarme... económicamente se entiende.

—Ahora comprendo —dijo Denning, mientras se abotonaba la camisa—. ¿Quiere algo de mí, señorita? En tal caso estaríamos mejor fuera del baño.

—Por supuesto —accedió Edwina, separándose del marco de la puerta, en el que había estado apoyada hasta entonces—. En el salón estaremos mejor.

Cruzaron el dormitorio, todavía revuelto, y llegaron al salón. Denning se inclinó y tomó un paquete de cigarrillos de una mesita. Ofreció uno a la muchacha y ella negó con un leve gesto de cabeza.

—Está bien, hable —invitó él, después de la primera bocanada de humo—. ¿A qué ha venido aquí?

—Soy redactora de «Sociales» —repitió Edwina maliciosamente—. Me enteré de su llegada y quería conocer su punto de vista acerca de la ciudad, después de tres años de ausencia.

—No tiene interés para sus lectores. He vuelto, aunque, en efecto, no sé si me quedaré o acabaré marchándome a otra parte.

—Se ha licenciado del Ejército, ¿verdad? Bueno, le obligaron a hacerlo; aquel incidente con la muchacha de Berlín...

—La chica de Berlín quería hacerme un chantaje, para que luego, sus amigos del otro lado del muro pudieran sacarme información a porrillo. No soy el primero al que le sucede una cosa semejante; lo que pasa es que descubrí a tiempo la cámara oculta que debía registrar nuestras... efusiones.

—Y le propinó una paliza que la envió al hospital para dos semanas —sonrió Edwina.

Denning se encogió de hombros...

—Era una mujer, pero no lo siento —respondió—. ¿Qué más?

—Nada. Ha regresado y pensé que volvería al *Herald*.

—¿Por qué iba a volver a trabajar para esa escoria que sale a diario? ¿Cree que soy de los que curvan el espinazo veinte veces al día para poder comer?

—A juzgar por lo que he oído de usted es demasiado independiente para hacer una cosa así. Por eso se marchó de *Gauntville*, ¿no? A un tipo llamado Ray Baron le molestaban sus artículos demasiado y decidió quitarle de en medio. Usted, claro, prefirió complacerle y se largó de aquí.

—Me marché por otros motivos, bien lo sabe usted. ¿No ha pronunciado su nombre hace poco?

—Sí, Cherry Minette —dijo Edwina sonriendo—. Iba a casarse con ella, ¿no?

—Ese es un asunto que no debe ser mencionado en su columna, señorita —dijo él ásperamente.

—¿Tomaría represalias contra mí, en caso contrario?
Denning la miró fijamente.

—¡Acabemos de una vez! —exclamó—. ¿A qué a venido a verme a mi hotel?

—Nada —contestó Edwina—. Simplemente, quería conocer al hombre que en un tiempo se sintió capaz de desafiar al hoy todopoderoso Ray Baron. Por lo que yo sé y desde que usted se marchó, nadie ha vuelto a decir nada de él que no esté envuelto en una nube de incienso.

—Me marché por motivos particulares, es cierto. De otro modo, ni veinte hombres como Baron me habrían obligado a abandonar la ciudad.

—Entonces era un tipo duro, despiadado, con grandes ansias de poder. Se puede decir que ya ha realizado sus deseos; *Gauntville* es prácticamente suya —manifestó la muchacha.

—No me extraña. Esta ciudad está habitada por borregos. Si se unieran todos. Baron no...

—Todos no se llaman Denning —dijo Edwina significativamente—. Y piensan que vale más perder un poco de dinero que perder la vida.

—Y con ese poco de dinero que pierde cada borrego, Baron se llena los bolsillos. ¿Qué hacen los jueces? ¿Qué hacen los fiscales? ¿Y los policías?

Por toda respuesta, Edwina abrió su bolso y extrajo un periódico

doblado, que arrojó sobre las piernas de Denning.

—Lea —dijo—. ¿Qué pueden hacer cuando, en un juicio por asesinato, todos los testigos se vuelven amnésicos de repente? Vieron a uno de los pistoleros de Baron disparar a mansalva contra uno que no quiso ser borrego. Pero, ¿qué ha pasado llegado el momento del juicio? Ninguno de los que entonces reconoció al asesino, ha querido ratificarse ante el juez y el jurado, todos han dado por falsas sus primeras declaraciones. En consecuencia, el asesino ha sido puesto en libertad... por falta de pruebas.

Denning no se molestó en leer la noticia del resultado del juicio. Ya la había leído horas antes.

—Y de este modo —concluyó Edwina—. Ray Baron sigue siendo dueño y señor de vidas y haciendas en esta ciudad de *Gauntville*.

* * *

Mucho tiempo después de haberse ido la periodista, Kent Denning continuaba sentado en el sillón, haciendo anillos de humo. Se preguntaba si hoy, en análogas condiciones, habría abandonado la ciudad.

Se había tomado demasiado a pecho la rotura de sus relaciones con Cherry Minette. Hoy, con tres años más a la espalda, no habría cometido una estupidez semejante.

Los años, se dijo melancólicamente. Claro que no había transcurrido tanto tiempo desde entonces, pero tampoco lamentaba demasiado su decisión. El tiempo pasado en Europa le había enriquecido en experiencia.

Volvió a contemplar los titulares del periódico: «BEN SHAFFER ABSUELTO POR FALTA DE PRUEBAS», decían aquellas letras de ocho centímetros de alto. ¿Era posible que cuatro personas, testigos presenciales del asesinato, se desdijesen luego en el juicio, de sus primeras declaraciones ante la policía?

Con un hombre como Ray Baron, todo era posible. Tenía a la ciudad en un puño; ya casi lo había conseguido cuando él se marchó de *Gauntville* y ahora sus propósitos se habían hecho realidad.

El resumen no podía ser más desconsolador: en *Gauntville* no se movía una sola hoja de árbol sin permiso de Baron.

De pronto, llamaron a la puerta.

Denning se dio cuenta de que estaba a oscuras. La noche se había echado encima sin que se diese cuenta.

Encendió la luz. Poniéndose en pie, cruzó el saloncito y abrió la puerta.

Había dos sujetos parados ante el umbral. Denning los conocía de sobra.

Eran Rocky Mintle y Leck Reagan, dos de los más despiadados sicarios de Baron. No obstante, era preciso reconocer que Baron, en medio de todo, sabía hacer bien las cosas. Mintle y Reagan tenían un aspecto corriente, inofensivo, como de pacíficos ciudadanos incapaces de hacer daño a nadie.

Pero aquel aspecto quedaba desmentido por la dureza de sus rostros y el inevitable abultamiento del lado izquierdo de sus chaquetas. Si Baron lo ordenaba, le pegarían cuatro tiros y se quedarían tan frescos.

—¿Denning? —dijo Reagan.

—Si —admitió el aludido.

—Póngase la chaqueta. Tiene que venir con nosotros.

—¿Lo ha mandado Baron?

—Imagínese —dijo Reagan sin variar la imperturbabilidad de su cara.

—Entonces, díganle que se vaya al diablo. Iré a verle cuando me apetezca, no cuando él quiera.

Y sin más, aprovechándose de la sorpresa de los pistoleros, les dio con la puerta en las narices.

Acto seguido, saltó a un lado y pegó la espalda a la pared. Se imaginaba lo que iba a suceder a continuación.

Baron había dado una orden a los pistoleros. Ellos la cumplirían por encima de todo.

La puerta se abrió con violencia. Reagan se lanzó hacia el interior, bramando de ira.

—¡Denning! ¡Le hemos dicho que...!

Denning esperó todavía un segundo. Mintle entró a continuación.

Atacó a Mintle, golpeándole con fuerza en el centro de la espalda. Mintle se tambaleó, a la vez que emitía un rugido de dolor.

Reagan se volvió, enormemente sorprendido. Su compañero

vacilaba y tropezó ligeramente con su pecho, haciéndole perder la iniciativa.

Denning había estado un año en la Policía Militar, en Alemania. Sabía cómo reducir a los borrachos, alborotadores y pendencieros. Aquellos dos tipos eran solamente hombres que fiaban en sus pistolas.

Agarró a Mintle por los hombros y lo enderezó. Luego lo lanzó hacia delante con inenarrable violencia.

Mintle chocó con Reagan por segunda vez y lo derribó al suelo. Reagan quedó debajo, vomitando maldiciones.

Denning no les dio punto de reposo. Agarró a Mintle por el cuello de la chaqueta, usando para ello la mano izquierda, y tiró hacia arriba con fuerza. Mintle rugió de ira, convertido momentáneamente en un pelele.

Denning lo zarandeó con terrible violencia, hasta que los dientes le castañetearon. Acto seguido, y mientras Reagan hacía esfuerzos por incorporarse, se agachó, asió los tobillos de Mintle y tiró hacia arriba con todas sus fuerzas.

El pistolero lanzó un aullido de pánico al sentirse ir volando por los aires. Cayó de costado y quedó unos instantes aturdido, incapaz de reaccionar.

Reagan ya se había levantado. Atacó, solamente para encontrarse con el antebrazo de Denning, que refrenó fácilmente su primer golpe. Sonriendo, Denning alargó la mano derecha y asió con dedos de hierro la nariz de su oponente.

Tiró con fuerza hacia sí y hacia abajo. Reagan aullaba como un energúmeno. Denning bajó el filo de la mano izquierda y los gritos del pistolero se acallaron instantáneamente.

Mintle siguió el mismo camino. Cuando se despertaron, Denning les indicó el camino de la puerta.

—Iré a ver a Baron cuando me parezca, no cuando él lo juzgue conveniente —dijo.

Las pistolas se hallaban sobre una mesita cercana, al alcance de la mano del ex sargento. Los dos rufianes comprendieron que no podían hacer nada y se retiraron en silencio.

CAPÍTULO II

Era un hombre relativamente pequeño, de nariz ganchuda y ojos como bolitas de acero. La víspera había salido de la cárcel, puesto en libertad por falta de pruebas.

Por tanto, la acusación de asesinato había sido desestimada. Ben Shaffer lo estaba celebrando en compañía de una rubia de abundantes carnes, de cuyos labios se escapaban frecuentes risitas, con las que acompañaba la menor frase graciosa de su oponente masculino.

Estaban en el reservado de un bar. Sobre la mesa se veía una botella de champaña, metida en un cubo con hielo.

Shaffer estiró un brazo y rodeó el carnoso talle de la rubia. Ella volvió a reír tontamente.

La puerta se abrió de pronto. Shaffer dirigió una mirada colérica al intruso.

—Dije que no me molestasen...

Kent Denning no se molestó en disculparse. Cerró la puerta y avanzó hacia la mesa. La rubia le contemplaba estúpidamente, congelada la risa en su boca de muñeca de juguete barata.

—Yo no soy el camarero, Ben —dijo Denning.

—Entonces, ¿quién diablos es usted? Vamos, lárguese; estoy ocupado. ¿Es que no lo ve?

Denning chasqueó los dedos, señalando la puerta.

—Vete —ordenó a la rubia.

La mujer se levantó, obedeciendo instintivamente. Había algo en el rostro del recién llegado que la impresionaba de un modo extraño.

Shaffer tiró de su brazo.

—¡Quédate! —rugió—. Ahora mismo, este estúpido va a saber...

Denning no se inmutó.

—Váyase, señora —repitió, ahora con mayor cortesía, pero no

por ello con menos firmeza.

La rubia sintió de pronto un espantoso pánico y huyó, pese a los esfuerzos de Shaffer por retejerla. El pistolero juró obscenamente, a la vez que llevaba la mano derecha al interior de su chaqueta.

La base de la botella de champaña le golpeó la mano con fuerza antes de que hubiese tenido tiempo de sacar la pistola. Shaffer lanzó un aullido de dolor y soltó el arma.

Los reservados de aquel local estaban debidamente insonorizados, para mayor comodidad de los clientes. Denning lo sabía perfectamente y repitió el golpe, ahora contra la mandíbula de Shaffer.

El pistolero lanzó un rugido y cayó de costado, pateando débilmente. A pesar de todo, no había perdido del todo el conocimiento.

Denning se inclinó sobre él y le quitó la pistola, que lanzó debajo del diván. Luego, con el contenido de la botella, regó la cara de Shaffer para despejarle.

El pistolero se sentó. Desarmado, se sentía impotente, invadido por un miedo horrible.

—¿Trabajas para Baron? —preguntó Denning.

Shaffer tragó saliva. Su nuez subió y bajó convulsivamente.

—Bien, no importa que calles —dijo Denning con toda tranquilidad—. Ponte en pie. Tenemos que hacer un viajecito.

El pistolero empezó a sudar. ¿Quién era aquel individuo, cuyo solo aspecto le ponía los pelos de punta?

—Por favor... —gimoteó abyectamente.

Denning señaló hacia la puerta.

—En marcha. Y cuidado con lo que dices o haces, o no llegarás vivo a la calle.

* * *

Kent Denning detuvo el coche y miró hacia la casa que se alzaba a unos cuarenta metros de distancia y cuyas ventanas de la planta baja aparecían brillantemente iluminarias. Allí residía Ray Baron, el hombre que se había convertido en el dueño de la ciudad.

Shaffer estaba a su lado, gimiendo sordamente. Sus manos estaban atadas sólidamente por tiras hechas de su propio pañuelo.

Aún no había conseguido averiguar las intenciones de su captor.

Más de una vez había llevado a personas inocentes a la puerta. Ahora se imaginaba que le iba a ocurrir a él lo mismo.

Pero al ver que se hallaba cerca de la lujosa residencia de su jefe, la esperanza empezó a reanimar su decaído espíritu. De pronto, sintió que Denning le ponía un pañuelo en torno a la boca.

—Si intentas quitártelo, te retorceré el cuello como a un pollito —dijo Denning al oído.

Luego abrió la portezuela y empujó al rufián fuera del coche. Asido por un brazo, la condujo hasta la entrada del jardín.

A Baron le gustaban las cosas buenas. Denning lo sabía por experiencia.

La casa era de un lujo ostentoso y el jardín parecía más un parque, a causa de los numerosos árboles que lo adornaban. Denning condujo a su prisionero hasta las inmediaciones del edificio.

Se situó a tres pasos de una ventana, cuyo antepecho quedaba a menos de dos metros del suelo. Desde allí podía ver buena parte de una espaciosa habitación.

Los anchos hombros de Ray Baron aparecieron de pronto ante su vista. Era un hombre alto, de apariencia distinguida, con canas en las sienes. Cerca del medio siglo, Ray Baron conservaba la vitalidad y las energías de un hombre con la mitad de sus años.

Pero, además, poseía una singular inteligencia y un espíritu implacable. Conociéndole, como le conocía Denning, no resultaba tan extraño que se hubiese metido a Gauntville entera en el bolsillo.

Baron avanzó dos pasos, vuelto de espaldas a la ventana. Una mujer le salió al encuentro.

Era muy alta, de formas ricas y plenas, estallantes de juventud, envueltas en unos flotantes velos que permitían a la imaginación hacerse mil insinuaciones. El pelo, de un espléndido color rojizo, caía sobre sus espaldas como una catarata de hilos de cobre bruñido.

Denning se quedó con la boca abierta de par en par. Durante unos instantes, al reconocer a la mujer, se olvidó casi por completo de su prisionero.

Ella avanzó hacia Baron y le echó los brazos al cuello blancos, mórbidos. Su boca, de rojos labios, sonreía incitantemente.

Un torbellino de furia acometió de repente al ex sargento. Ahora comprendía las reticencias de la periodista con respecto a Cherry Minette.

Porque su antigua prometida, la mujer con la cual había soñado en casarse algún día, era aquella impúdica mujer que ahora se hallaba en los brazos del dueño y señor de Gauntville.

Ray Baron era también el dueño de Cherry Minette

De pronto, Denning se agachó y levantó a su prisionero en vilo. En sus manos, Shaffer era poco menos que una pluma.

Aspiró hondo y tomó impulso. El pañuelo se escurrió de la boca de Shaffer justo cuando volaba hacia la ventana.

Se oyó un tremendo estruendo al romperse las vidrieras Shaffer cayó en el interior de la sala y rodó hasta los pies de la pareja, tremendamente asombrados por la insólita irrupción de aquel hombre con el que no habían contado en absoluto.

Denning giró sobre sus talones y escapó a la carrera hacia la salida. Antes de que Baron pudiera tomar alguna determinación, ya había desaparecido del lugar.

* * *

Estaba tendido en el lecho, fumando incansablemente, cuando oyó que se abría la puerta.

Sin quitarse el cigarrillo de los labios, metió la mano bajo la almohada y sacó una pistola. Edwina Thorren apareció segundos después ante sus pupilas.

—Hola —dijo la periodista.

Denning volvió a guardar el arma.

—Hola —contestó, a la vez que abandonaba la cama—. ¿A qué ha venido? —inquirió.

—Se han oído algunos rumores en el Herald —contestó ella—. Deseo que usted me los confirme.

Denning se acercó a la mesilla de noche y aplastó el cigarrillo contra un cenicero.

—No sé nada —dijo fríamente.

—Anoche, un desconocido entró en el Leary's y salió a poco, acompañado por Ben Shaffer, el asesino absuelto la víspera. Shaffer está ahora en el hospital, curándose de numerosos cortes y un brazo

roto, lesiones causadas al atravesar violentamente una ventana de la residencia de Baron.

—Buena noticia. ¿Por qué no la publica en el periódico?

—No es mi sección —respondió ella. Y preguntó—: ¿Fue usted? Denning se colgó otro cigarrillo de los labios.

—No sé nada —respondió.

—A mí no tiene que engañarme —dijo Edwina—. Ni tampoco a Baron. A estas horas, ya sabe quién lo hizo.

—¿De veras? Y... ¿por qué no actúa contra ese desconocido?

Edwina le dirigió una mirada llena de severidad.

—Señor Denning, lo que hizo anoche, ¿fue por interés de la justicia, a la que usted manifestó siempre servir insobornablemente, o lo hizo por celos?

Denning se puso rígido.

—No entiendo —dijo.

—Cherry Minette es ahora la amante de Baron. Le dio un ataque de nervios cuando vio entrar a Shaffer por la ventana y fue preciso llamar al médico. Usted la vio en compañía de Baron. Niéguelo si se atreve.

—En todo caso, ya tenía a Shaffer a mi lado como testigo, ¿no le parece?

Edwina suspiró.

—Me gustaría saber qué es lo que pretende usted —murmuró—. Si va a luchar solo contra Baron, deseche la idea. Es demasiado fuerte para que un hombre aislado pelee contra él con probabilidades de éxito. Bastará que chasquee los dedos, para que a la media hora le llenen a usted el cuerpo de agujeros.

—También Baron es mortal —contestó Denning—. Anoche, de haberlo deseado, habría podido matarlo impunemente.

—Lo sé, y eso me reconcilia un poco con usted. Pero le suplico que abandone sus proyectos.

—¿Qué proyectos, señorita Thorren?

—Los de venganza contra Baron.

—¿Venganza? Yo no tengo ninguna ofensa que vengar.

—¿De veras? ¿Qué me dice de Cherry Minette?

La cara de Denning se crispó un momento.

—Aquello ya pasó. No es venganza, sino defensa propia —manifestó.

—Permítame que le diga que no le creo —exclamó Edwina.

—Como guste, pero es así. Baron envió a dos de sus hombres con el encargo de llevarme a su presencia... inmediatamente. Ya no estoy en el Ejército y, por tanto, no admito órdenes de nadie, ¿me entiende?

Edwina alzó las cejas.

—¿Envió a dos hombres a buscarle? ¿Y usted se negó?

—Esa pistola que ha visto antes es de uno de ellos. Les di unos cuantos golpes y les dije que iría a ver a Baron cuando a mí se me antojase.

—Y lo hizo por la noche.

—No, eso fue solo una especie de... digamos manifestación de protesta por la absolución de un asesino. Ahora están muy de moda las manifestaciones de protesta —sonrió Denning.

Ella meneó la cabeza.

—Como quiera, pero deje que le dé un consejo sensato. En Gauntville, hoy, los ciudadanos no tienen más que dos opciones: con Baron, o contra Baron. No conozco apenas a ninguno que esté contra Baron —terminó significativamente.

—Delante de usted hay uno —dijo el ex sargento.

—Un candidato a la tumba.

—Todos lo somos desde que nacemos.

—Oh, déjese de filosofías y haga caso de mis consejos. No luche contra Baron. Es como querer agujerear una roca con los dientes. Se los rompería, ¿comprende?

—Sin embargo, la gota de agua horada la roca —dijo él maliciosamente.

—Sí, pero tarda siglos. Aquí, en Gauntville no se puede esperar tanto tiempo.

—Ya no es necesario. La ciudad pertenece a Baron. Pero oiga, ahora que me doy cuenta, tampoco usted parece muy conforme con el actual estado de cosas.

—No, no lo estoy —admitió Edwina.

—En ese caso, ¿por qué no inicia una campaña en el Herald contra Baron? Tiene un periódico a su disposición...

—El Herald pertenece a Baron, señor Denning.

El ex sargento parpadeó.

—Bien —dijo, resoplando con fuerza—, ahora solo falta que me

diga que usted también pertenece a Ray Baron.

Edwina se sonrojó.

—Todavía no tengo dueño... y el día que lo tenga, lo elegiré yo
—declaró contundentemente.

CAPÍTULO III

El hombre que estaba sentado ante la mesa, consumiendo melancólicamente una taza de café, era joven y bien parecido. Una cartera negra de mano yacía sobre una silla contigua.

Denning entró en la cafetería y tomó una silla, que situó frente al individuo. Este alzó los ojos y una expresión de alegría se reflejó en su cara inmediatamente.

—Hola, periodista —dijo Justin Tilford, fiscal del distrito.

—Hola, picapleitos —saludó Denning—. Y no me des un título que no me pertenece. Hace tres años que dejé la profesión.

Agitó la mano. Acudió una camarera y le encargó una taza de café.

—Sí, la dejaste por una mujer —sonrió Tilford—. Cometiste una tontería. Hoy día ya no se hacen esas cosas, Kent.

—Cuestión de temperamentos —dijo Denning. La camarera le puso delante el café y él vertió el azúcar en la taza—. ¿Cómo te va, Justin?

—¿Particular o públicamente? —preguntó el fiscal.

—Ambas cosas —sonrió Denning.

—Particularmente, tengo esposa y dos niños, uno de ellos nacido hace un mes. El otro tiene dos años.

—Sí, ya sé que ibas a casarte con Mildred Patterson ¿Lo conseguiste?

—Es mi esposa —contestó el fiscal orgullosamente.

—Te felicito. Y... en lo referente a la cosa pública ¿qué tienes que decirme?

Tilford se llevó su taza a los labios.

—Las cosas no pueden ir peor aquí —dijo.

—La ciudad tiene un dueño.

—Así es.

—¿No hay modo de luchar contra él?

El fiscal se encogió de hombros.

—Encuétrame un testigo que no se amedrente cuando le llame a declarar en un juicio, cuyos intereses estén contrapuestos con los del dueño de la ciudad, y podrá decirte algo al respecto. Mientras tanto...

—Mientras tanto, sus asesinos cometen todo género de tropelías y andan sueltos por la calle. Como, por ejemplo, Ben Shaffer.

La cara de Tilford se contrajo de ira.

—No me hables de ese matón —masculló—. Lo tenía ya con la cuerda al cuello... y los testigos negaron haber visto matar a su víctima.

—Absuelto por falta de pruebas —sonrió Denning.

—No hay ningún caso contra Baron o alguno de sus sicarios que no termine así —declaró Tilford desesperadamente—. ¿Qué puedo hacer yo, Kent?

Denning terminó su café. Miró a su amigo y sonrió.

—Tú eres justo y honrado, y estas cualidades, a la larga acaban por imponerse —dijo.

—Empiezo a creer que eso solo pasaba en la época de los cuentos de hadas —dijo Tilford desanimadamente—. Hoy solo prevalece la fuerza bruta y las conveniencias propias... del que es más fuerte que los demás, claro.

—Baron, en este caso.

—Exactamente. —El fiscal tocó la cartera de mano que tenía al lado—. Mira, aquí están los documentos de un caso que tengo contra él, por una denuncia que se le formuló por cometer inmoralidades en un local de su propiedad, el Hafreys. Juego, drogas, mujeres... todas las ramas del vicio que te puedas imaginar. ¿Crees que esa denuncia prosperará? Ni lo sueñes, Kent; comprará o atemorizará a los testigos, otros jurarán que el Haffrey es un local al que pueden asistir las personas más respetables... Un verdadero asco, créeme, Kent.

—Sí, Justin —asintió Denning—. Un verdadero asco.

El fiscal dirigió una penetrante mirada a su amigo.

—Baron lo tiene todo. Incluso a... ¿Te lo digo, Kent?

—No hace falta, Justin —contestó Denning con la cara contraída—. Lo sé. Yo mismo les he visto juntos. He sufrido una decepción aún peor que hace tres años.

—Me lo imagino fácilmente. Lo siento por ti, Kent.

—No te preocupes, Justin —sonrió Denning—. Estas cosas se pasan con el tiempo.

—Sí, suele ocurrir —admitió el fiscal—. ¿Piensas quedarte mucho tiempo en Gauntville?

Denning se encogió de hombros.

—Aún no he tomado ninguna decisión al respecto —contestó.

En aquel momento, un hombre se acercó a la mesa y se dirigió directamente al fiscal.

—¿Señor Tilford?

El abogado levantó la cabeza.

—Sí, yo mismo —dijo—. ¿En qué puedo servirle?

Denning se dio cuenta de que el sujeto llevaba la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta. Era un tipo de buena estatura, de recia complexión y mirada dura y despiadada.

—Me envía el señor Baron —manifestó el hombre—. Usted tiene unos documentos que le gustaría examinar.

Tilford se indignó.

—Dígale a Baron que si quiere ver esos documentos, que se pase por mi despacho en horas hábiles. Y lárguese in media la mente o...

—Fiscal, a mí no me chille usted —te cortó el pistolero—. Deme su cartera inmediatamente y no me organice ningún jaleo. ¿Está claro?

Tilford se puso en pie.

—Si no se va ahora mismo de aquí, le... le... —La indignación le ahogaba—. ¿Con quién se ha creído usted que está tratando?

En aquellos momentos, el local estaba poco menos que desierto. La mesa ocupada por el fiscal se hallaba separada de las dos o tres que había ocupadas. Nadie pareció percibir la escena que se desarrollaba en aquel punto.

El hombre estiró la mano hacia la cartera.

—Si no me la da, me la llevaré yo —dijo.

Una mano aferró su muñeca súbitamente.

—No toque esa cartera —habló Denning con glacial acento.

El pistolero le miró un instante. Luego volvió los ojos hacia Tilford.

—¿Quién es este tipo, fiscal? Dígale que me suelte o le volveré del revés como un guante.

Tilford fijó la vista en su amigo. Denning le hizo un signo tranquilizador.

—Olvide esa cartera, hijo de perra —dijo Denning en voz baja.

El súbito ataque del pistolero casi le cogió por sorpresa. Un codo buscó su ojo izquierdo, pero pudo retirar la cara a tiempo y recibió un ligero golpe en el pómulo, que no fue suficiente para hacerle perder el equilibrio.

Denning se puso en pie de un salto. La mano del pistolero salió del bolsillo. Denning advirtió que tenía unos nudillos de acero.

En ocasiones semejantes, el ex sargento reaccionaba con la rapidez del rayo. No se molestó siquiera en esquivar el golpe que ya le dirigía el rufián. Simplemente, un paso atrás, agarró la silla por el respaldo y la levantó sobre su cabeza.

El pequeño mueble voló hecho astillas instantáneamente. El pistolero lanzó un rugido de dolor y se desplomó de bruces.

Denning miró a su amigo y sonrió.

—Será mejor que guardes esos documentos en lugar seguro —aconsejó.

El dueño de la cafetería y la camarera acudían a la carrera, alarmados por el estruendo.

Tilford se volvió hacia ellos.

—Atiendan a este hombre —dijo— Tropezó con una silla y se ha hecho daño. —Meneó la cabeza y, con falsa compasión, añadió—: En este mundo hay que mirar conde pone uno los pies.

Agarró su cartera y se dirigió hacia la salida, seguido de su amigo, en medio del asombro de cuantos habían presenciado la escena.

* * *

Ray Baron apenas disimulaba la cólera que poseía su ánimo, mientras firmaba los documentos que le iba casando su secretario personal, Hatt Winks.

Hatt Winks era un sujeto de mediana estatura, delgado, de mirada astuta y sonrisa sibilina, vestido casi siempre con ropas oscuras. Era un notable experto en contabilidad y poseía además otras cualidades no tan honestas, las cuales, sin ningún escrúpulo, había puesto al servicio de su jefe.

—Sands está ahí afuera —anunció el secretario—. Tiene la cabeza que parece un árabe.

—No me hables de ese idiota. En los últimos tiempos, parece como si todos se hubiesen vuelto tontos. ¿A quién se le ocurre abordar al fiscal en un local público? Le dije que lo hiciese con discreción y ya has visto los resultados.

—Una silla rota y doce puntos de sutura —sonrió Winks—. También fue casualidad que el ex sargento estuviese presente en aquellos momentos.

—Si hubiese ido al despacho del fiscal, Denning no habría estado presente —gruñó Baron—. Hatt, es preciso que recuperemos esos documentos.

—Sí, señor Baron.

—Y en cuanto a Denning... bien, se ha negado a verme.

—De eso podrían decir algo Mintle y Reagan.

Baron torció el gesto.

—Otros dos estúpidos —masculló—. Parece como si en los últimos tiempos yo estuviese rodeado de cretinos. Hatt, ese Denning ha venido a darme guerra. ¿No sabes por qué?

—Se por quien —dijo el secretario intencionadamente.

Baron asintió.

—Sí. Le ha escocido saber que Cherry es mi... chica —gruñó—. Bueno, pero yo quiero vivir en paz, así que vamos a ver si acabamos esta guerra antes de que se propague. Hasta ahora, no han pasado de ser simples escaramuzas. No quiero que lleguen a batallas, ¿estamos?

—Sí, señor Baron. Pero si quiere evitarlo, tendrá que elegir uno entre dos caminos.

—¿Cuáles son, Hatt?

—Tener a su lado a Denning... o quitárselo de en medio.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, Baron dijo:

—Prefiero tenerlo a mi lado, es decir, si acepta. Pero mientras no hable con él, no podré tomar ninguna decisión.

—No veo por qué ha de molestarse con un sujeto que le guarda antipatía, señor Baron. Usted es lo suficientemente fuerte para aplastarle como si fuera un insecto.

—Sí, pero... por el momento y mientras pueda, prefiero no recurrir a métodos duros. Al menos, con él. —De pronto, se fijó en

uno de los papeles que tenía delante de sí—. ¿Qué pasa con este tipo? —exclamó irritadamente.

—Bueno, estos días se han oído muchos rumores en la ciudad y..., bien, se ha envalentonado un poco y ha dicho que se basta y se sobra para protegerse a sí mismo.

—Conque puede protegerse a sí mismo, ¿eh? —murmuró Baron—. ¿Le demostramos lo contrario, Hatt?

—Como usted mande, señor Baron.

—Bien, encárgate de los detalles tú mismo, Hatt. Y otra cosa, vamos a discutir el asunto de los documentos referentes al Haffreys.

—Sí, señor Baron.

—Me interesa conseguir esos documentos, Hatt. Y los quiero a toda costa, ¿entendido?

—Bien, señor Baron. Tendrá esos documentos, se lo aseguro.

CAPÍTULO IV

Kent Denning entró en el Haffreys. Sentía curiosidad por conocer aquel local, que no existía durante su anterior estancia en la ciudad.

Parecía un establecimiento que tuviera mucho éxito. Su aspecto, sin embargo, era relativamente comente, aunque la sala principal era de considerables dimensiones.

Una bella cantante actuaba en aquel momento en el escenario. Denning se acercó al mostrador y pidió un *whisky*.

Contempló a la artista. Tenía una figura muy bonita y su pelo era claro, casi platinado. La canción que interpretaba en aquellos momentos era de lo más honesto que uno pudiera imaginarse.

Pero Juego vendrían otros espectáculos no tan honestos. Además, en el piso superior, estaban las salas reservadas de juego y las habitaciones destinadas a ser ocupadas por huéspedes con dinero y ansiosos de discreción. ¿Y las drogas?

Hizo un signo con la mano. El camarero se inclinó hacia él.

—Oiga —dijo—, esto no es una sala de fiestas; esto es una empresa de pompas fúnebres. ¿Dónde se puede uno divertir, pero divertir de veras, eh?

Al mismo tiempo que hablaba, enseñaba al camarero un billete de diez dólares. El camarero hizo desaparecer el billete con singular presteza.

—La puertecita que hay detrás de la cortina roja, señor —dijo—. Dé tres golpes seguidos y luego dos. Pregunte por Pete y dígame que va de parte de Mick.

—Está bien, gracias, Mick.

Denning apuró el resto del vaso y se encaminó hacia el lugar indicado. Apartó la cortina y llamó de acuerdo con la consigna.

Una mirilla se descorrió a poco. Denning dijo:

—¿Pete? Me envía Mick.

La puerta se abrió en el acto. Denning enseñó un rollo de

billetes.

—Suba —indicó el rufián—. No vaya al segundo piso.

—Bien —contestó Denning lacónicamente.

Acometió la escalera y llegó a un amplio corredor, con dos puertas a cada lado. Empujó la primera y vio a varias personas en torno a una mesa de dados.

Cerró. Los dados no le gustaban.

En la siguiente puerta halló una sala de ruleta. Decidió probar suerte.

Entró y cerró tranquilamente. La policía, o algunos policías, al menos, se dijo, debían de tener delante de los ojos una venda hecha con billetes de Banco.

La ruleta estaba bastante concurrida. Había quince o veinte personas jugando, además de dos *croupiers* y un par de tipos que a Denning le parecieron matones que vigilaban el orden en la estancia. En un rincón estaba la caja, protegida por una reja dorada, detrás de la cual había un tipo de expresión aburrida, que parecía dormitar tranquilamente.

Denning se acercó al hombre.

—Deme fichas —pidió.

—¿Cuántas?

—Lo corriente. ¿Cien dólares?

El cajero le dirigió una mirada desdeñosa, como si se tratase de un pobretón.

—Bueno —accedió.

Denning recogió las fichas. Dio media vuelta y se acercó a la mesa.

Durante unos momentos, observó el juego. El *croupier* cantaba las jugadas con voz enteramente profesional. Denning apostó una veintena de dólares y los perdió. Luego ganó treinta.

Siguió jugando un rato con diferentes alternativas. Antes de media hora, sin embargo, ya había llegado a una conclusión.

Ninguno de los jugadores ganaba jamás una puesta evada. Toda puesta que pasaba de doscientos dólares, iba a parar indefectiblemente a la casa.

Observó la ruleta. A su lado, una mujer había apostado quinientos dólares al doce negro. Cuando la bolita parecía que se iba a detener en la casilla correspondiente, sufrió un imperceptible

frenazo en su marcha y quedó dos casillas antes.

Ahora ya no le cabía la menor duda. La ruleta tenía freno.

Decidió comprobarlo. A su izquierda, un hombre gordo, de rostro sanguíneo, puso mil dólares al veinte rojo.

Denning apostó cincuenta dólares por el mismo número. La bolita volteó velozmente y fue perdiendo ritmo hasta acercarse al número marcado.

Se detuvo en la casilla anterior. Denning estaba seguro de que la bolita tenía que haber ido a parar al veinte rojo. En el número precedente, las puestas eran mínimas.

La raqueta se movió para llevarse sus fichas y las del hombre gordo. Denning apoyó la mano en la mesa.

—No toque esas fichas —dijo con voz metálica.

Hubo un gesto general de sorpresa.

—Señor, no entiendo —dijo el *croupier*, fingiendo sorpresa.

—En esta mesa de ruleta hay trampa —declaró Denning en voz alta—. Señoras y caballeros, ¿es que no lo han advertido ustedes todavía? ¿Alguno de ustedes ha ganado una puesta superior a cincuenta o cien dólares?

Numerosos murmullos se elevaron de entre los jugadores: El *croupier* jefe palideció.

—Usted nos está difamando, señor —exclamó.

—Con que difamando, ¿eh? —sonrió Denning—. ¡Apártense, por favor! —pidió con un fuerte grito.

La gente se separó de la mesa. Denning la agarró por debajo, tensó todos sus músculos y la levantó de golpe empujándola luego hacia delante.

Se produjo una desbandada general. El *croupier* hubo de saltar apresuradamente hacia atrás para no verse aplastado por la mesa. Las fichas cayeron con gran estrépito.

Denning empujó con el pie y la mesa quedó volcada patas arriba, pese a su enorme tamaño. Un cable serpenteó en el aire. Denning agarró el extremo y lo mostró de modo que todos pudieran verlo.

—Aquí tienen el freno —exclamó. Luego señaló un punto del pavimento—. Y aquí está el pedal, debajo de este trozo de madera del entarimado.

Lo pisó con el pie un par de veces. Todos pudieron ver

fácilmente que el trozo de madera, de un palmo de longitud por medio de anchura, cedía fácilmente. Además, por uno de sus extremos asomaba el otro cabo de alambre del freno.

—De modo —dijo— que ustedes no jugaban, sino que venían a ser robados, así como suena.

Los empleados estaban aturridos. Uno de los matones, sin embargo, quiso reaccionar, pero Denning lo derribó de un fulminante derechazo.

A continuación se acercó a la caja y agarró los barrotes con ambas manos. El cajero estaba aterrado.

Denning pegó un par de tirones. La casilla crujió y acabó por ceder. Denning tiró todavía más veces y arrancó la estructura. Los billetes se esparcieron por el suelo.

—Recojan su dinero —dijo—. Y no se dejen robar más. Esto es una cueva de ladrones.

Los jugadores se abalanzaron en tropel hacia las ruinas de la caja. Uno de los encargados quiso impedirles el paso, pero fue atropellado por aquella pequeña multitud enfurecida.

Denning se dirigió hacia la puerta. El otro matón le cerró el paso, encañonándole con una pistola.

—Usted no saldrá de aquí —dijo duramente.

El pie de Denning se elevó súbitamente. Sonó un aullido de dolor, mientras la pistola volaba por los aires.

Luego disparó su puño izquierdo. El matón se encogió sobre sí mismo, agarrándose el vientre con ambas manos. Denning le golpeó en la nuca, derribándole fulminado.

El escándalo era impresionante. Cuando salió al corredor, los ocupantes de las otras salas, atraídos por el ruido, se asomaban a las puertas, invadidos por la curiosidad.

—Los jugadores de ruleta han advertido que se hacían trampas y han destrozado la mesa —gritó, a la vez que se dirigía corriendo hacia la escalera.

Descendió los peldaños de cuatro en cuatro. Arriba, el escándalo arreciaba. Denning sonrió; los jugadores, enfurecidos, empezaban a destrozar cuanto encontraban a su alcance y no solo en la sala de ruleta.

De pronto dejó de sonreír. En la puerta inferior, dos hombres armados le cerraban el paso.

Denning comprendió que el *croupier* debía de haber oprimido algún timbre de alarma. Había salvado el obstáculo de una pistola, pero no podría eludir el que representaban dos armas en manos de unos rufianes que parecían dispuestos a emplearlas sin el menor escrúpulo.

Retrocedió lentamente hacia arriba, sin separar sus ojos de los pistoleros. Había un descansillo a mitad de la escalera y se detuvo una fracción de segundo.

De repente, una puerta se abrió a su izquierda. Alguien, en voz muy baja, le llamó:

—¡Pronto, por aquí!

Denning dio un salto lateral y desapareció por el hueco. La puerta se cerró, justo en el momento en que los dos pistoleros saltaban hacia arriba.

La oscuridad era absoluta. Denning percibió un perfume femenino a muy corta distancia de él. Una mano de mujer buscó la suya. En la puerta sonaban unos golpes atronadores.

—No tema —dijo ella—, no conseguirán forzarla tan fácilmente. Venga conmigo, se lo ruego.

Denning sintió una instintiva confianza hacia la desconocida y se dejó llevar hasta una ventana situada en el extremo opuesto de la habitación, que daba directamente a un patio exterior.

—Salga por aquí —dijo la desconocida. El patio estaba completamente a oscuras—. Escape antes de que sea demasiado tarde.

—Pero usted...

—No se preocupe por mí. Váyase.

—Me gustaría darle las gracias, señora.

—Vivo en el 402 de Hampter Road, 7C.

—Está bien. Iré a verla —prometió Denning. Pasó las piernas sobre el alféizar, se dejó caer al suelo, situado tres metros más abajo, y escapó a la carrera.

* * *

El periódico, desplegado, cayó sobre el diván. Denning contempló los gruesos titulares durante un instante y luego levantó la vista.

—Este no es el *Herald* —dijo.

—No —corroboró Edwina Thorren—. Es el *Gauntville Blade*. Director: Abe Grundig. ¿Ya no se acuerda usted del viejo Abe?

—Claro —murmuró Denning—. ¿Cómo he podido olvidarlo? Era un tipo muy independiente...

—Es —dijo ella—. Todavía vive. Aunque no sé qué le pasará después de los explosivos artículos que ha publicado hoy. ¿Los ha leído?

Denning cogió el periódico nuevamente. Era un ejemplar de pequeño tamaño, con ocho páginas solamente.

—Aquí se habla de un desconocido que acusó a los *croupiers* del Haffreys de hacer trampas, que provocó un motín y que los clientes se alborotaron y causaron daños en el local, evaluados en varios miles de dólares. Un tipo con redaños, no hay duda.

—Usted los tiene —dijo Edwina.

—Ah, pero ¿fui yo?

—No disimulemos —exclamó ella—. ¿Es cierto que se hacían trampas?

—Lo demostré públicamente. ¿Por qué si no se alboroto la clientela? Enseñé el freno de la ruleta y...

Edwina sonrió.

—Debió de ser muy divertido. ¡Cómo me habría gustado estar allí!

—Sí, hubo un poco de jaleo.

—Usted pudo escapar.

—Estoy aquí, ¿no? —respondió Denning, sin querer entrar en más detalles. Y añadió—: Baron debe de estar echando las muelas de rabia.

—Es fácil de presumir —sonrió Edwina—. ¿Por qué lo hizo?

El fiscal tiene documentos relativos a las actividades ilegales del Haffreys. Un tipo intentó arrebatárselas delante de mí. Justin Tilford es amigo mío y yo le ayudé, rompiendo una silla en la cabeza del pistolero.

—No se da usted descanso —dijo ella con admiración—. Y, dígame, ¿cuál es su próximo golpe?

—Ah, pero ¿es que se cree que voy a pasarme la vida luchando contra Baron?

—A juzgar por lo que he podido observar, así lo parece.

Denning meneó la cabeza.

—Lo de anoche fue debido a que Tilford me habló de esos documentos manifestó—. Luego arriesgué unos dólares y no me gustó que me los robasen a la descarada, eso es todo.

—Parece que dice la verdad —dijo Edwina—. El *Gauntville Blade* trae también otra noticia interesante. Un camión de carga se estrelló anoche contra la tienda de un tal Henry Mac Creagh, destrozándosela por completo. Henry Mac Creagh declaró públicamente que era obra de Baron.

—¿Por qué le destrozaron la tienda? —preguntó él.

—Mac Creagh no quiso ser borrego, como usted dijo y se negó a pagar cierto impuesto de protección, establecido por Baron. Las consecuencias saltan a la vista.

—Sí, desde luego. Lo que me extraña es que el viejo Abe se sienta lo suficientemente fuerte como para atacar a Baron desde su *Blade*.

—Empieza a cansarse ya —dijo Edwina—. ¿No ha visto el periódico? Hubo un tiempo en que tenía tanta tirada como el *Herald* y un volumen de anuncios incluso superior. Poco a poco. Baron lo está estrangulando. El número de hojas se ha reducido a dos y apenas hay anuncios. Ahora, dígame usted qué periódico puede vivir sin anuncios.

Denning meneó la cabeza.

—Ninguno, es cierto —dijo.

—El viejo Abe claudicará. No por voluntad propia, sino porque está a punto de arruinarse. Antes de un año habrá desaparecido su periódico y Baron ya no tendrá que sufrir la menor crítica de sus adversarios... e los poquísimos adversarios que aún le quedan. El *Herald* solo gasta incienso al referirse a él.

—Me lo supongo. Bueno, pero yo solo no puedo hacerlo todo. En *Gauntville* quedan todavía muchas personas decentes.

—La inmensa mayoría; pero, ¿cuántas se atreven a enfrentarse con Baron y sus pistoleros?

La pregunta quedó flotando en el aire. Era fácil conocer la respuesta, pero ninguno de los dos se atrevió a pronunciarla.

Edwina recogió su bolso.

—Adiós —se despidió—. Tengo trabajo. Hay un tipo que va a dar una fiesta de sociedad y quiero dar algunos detalles por anticipado.

Una ligera sonrisa flotó en los labios de la muchacha.

—Por supuesto, Ray Baron será el invitado de honor— dijo, a la vez que asía el picaporte de la puerta.

CAPÍTULO V

Kent Denning tocó el timbre y esperó. La puerta del departamento 7C se abrió a los pocos momentos.

Denning contuvo una exclamación de sorpresa. La mujer que tenía frente a sí era la cantante rubia a la que había admirado la víspera en el Haffreys.

—Pase —dijo ella, sonriendo suavemente—. Le esperaba, señor Denning.

—Me conoce usted —observó el ex sargento.

—En el Haffreys, su nombre ha sonado bastante estos días. Ayer se oyó muy fuerte —dijo ella—. A propósito, me llamo Gale Helgaard.

—Encantado, señorita Helgaard. Es usted mucho más guapa al natural que bajo los focos del escenario.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Gracias —murmuró—. ¿Qué desea beber?

—Lo dejo a su discreción —contestó Denning—. Antes, sin embargo, déjeme que le dé las gracias. Anoche me salvó de un grave apuro.

—Es un cuarto abandonado. Tiene una puertecita de comunicación con mi camerino —explicó ella, mientras llenaba dos copas, situada ante una pequeña barra decorativa—. Esa puerta estaba condenada hacía muchos meses, pero yo la puse de nuevo en servicio.

Le entregó la copa sonriendo.

—En el Haffreys no se sabe nunca lo que puede pasar —dijo. Levantó su vaso y añadió—: Por el hombre que les dio anoche una lección a esos rufianes.

—Gracias. Yo brindo por una hermosa mujer. No digo más, es suficiente.

Gale rio argentinamente.

—Es usted muy inteligente en sus elogios —manifestó—. Dice solo lo justo, pero ese poco que dice vale más que mil palabras halagadoras.

Se sentó en un diván y cruzó las piernas. Gale vestía ahora una blusa sin mangas y unos pantalones de tejido plateado, sumamente ajustados a su esbelta figura.

—Pero anoche —dijo, mientras él se sentaba en el mismo diván — cometió una terrible falta.

—El local de Baron. ¿Es esa la falta?

Gale bebió un sorbo de licor. Luego miró al joven. El pecho de la cantante se agitó con fuerza.

—El error consistió en no haberle pegado fuego y dejar que ardiera hasta los cimientos —dijo.

Denning captó en el acento de aquellas palabras un enorme sentimiento de odio.

—Parece que no siente simpatías hacia Baron —observó cautelosamente.

—¿Simpatía? ¡Lo odio! —dijo ella súbitamente, con las facciones descompuestas por la ira—. Desearía vengarme de él... pero no me atrevo a hacerlo yo personalmente.

—¿Y quiere que lo haga yo por usted?

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Gale dejó el vaso sobre una mesita cercana y se puso en pie.

Dio dos o tres paseos por la estancia, con aspecto de hallarse muy agitada. Luego, bruscamente, se detuvo ante Denning, con las piernas separadas y las manos apoyadas en las caderas.

—Usted y yo no nos conocemos prácticamente —dijo la rubia—. Pero en mucho tiempo es el único que se ha atrevido a enfrentarse con Baron.

—He tenido algunos roces, simplemente —dijo Denning.

—Llámelo como quiera, no importa. No, no le pediré que mate a Baron por mí, pero si quiere luchar contra él, le ayudaré en todo lo que me permitan mis fuerzas. En el Haffreys se oyen muchas cosas, ¿sabe?

—Me lo figuro. ¿Y...?

—Esta noche, unos tipos van a asaltar la redacción del *Gauntville Blade*. A Baron no le ha gustado nada el editorial de su director.

Denning contempló el contenido de su vaso.

—Y quiere que yo lo impida —dijo.

—Yo sé lo he comunicado. Lo que haga usted después, es ya cuenta suya, señor Denning.

El joven miró a Gale durante unos segundos.

—Usted tiene motivos para odiar a Baron. ¿Celos?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Lo último que se me ocurriría sería amar a ese salvaje. Sí, es un salvaje... pese a su apariencia distinguida. Tiene instintos de fiera, que encubre bajo una máscara de educación exquisita y unos modales refinados. Pero es un salvaje, repito.

—¿En qué sentido lo dice usted, señorita Helgaard?

—En el sentido más animal de la palabra. Lo que hizo conmigo algunos meses, cuando yo no le conocía como le conozco ahora, está castigado en muchos Estados de la Unión con la pena de muerte.

Los ojos de Gale brillaban fieramente.

Denning comprendió en el acto el significado de aquellas palabras.

—De modo que... —murmuró.

—Sí —contestó ella—. Me invitó una noche a cenar. Luego, el vino desató sus instintos y se portó conmigo con un salvajismo sin igual, como un hombre de la Prehistoria cuando buscaba su pareja. ¿Es necesario que siga?

—No, es suficiente, señorita Helgaard. Pero si Baron hizo... eso con usted, y no diré que por qué no lo ha denunciado, sabiendo que no obtendría nada positivo, ¿por qué, entonces, no se marchó de Gauntville?

Los ojos de Gale despidieron relámpagos de ira.

—Porque siempre esperé a que llegase alguien con el suficiente valor para enfrentarse con Baron y destruir su mundo de vicio y de terror —contestó.

—Y ese hombre... ¿soy yo? —preguntó el ex sargento.

—Si —confirmó Gale rotundamente.

* * *

Denning llegó a su habitación del hotel sumamente preocupado.

La cantante parecía sincera. Aquella noche, el periódico del viejo Abe Grundig sería asaltado por algunos desconocidos. Era fácil

imaginarse lo que sucedería entonces.

Los que no se doblegaban a los deseos de Baron, sufrían duras represalias. No había más que acordarse de la tienda destrozada por un camión que había sufrido un «accidente».

Se preguntó si Gale no habría desempeñado una comedia. En los momentos actuales, la favorita de Baron era su antigua prometida. Gale era asimismo muy hermosa.

¿No se trataba realmente de los celos de una mujer desdenada?

A pesar de todo, no importaba demasiado. Contar con un confidente siempre resultaba útil. Ayudaría al viejo Abe, por supuesto. Avisar a la policía resultaría inútil. ¿Qué pruebas podía presentar de algo que todavía no se había producido?

De pronto, sonó el teléfono.

Denning levantó el aparato. Una voz femenina pronunció en el acto su nombre.

—Sí, yo mismo —contestó.

—Soy Mildred Tilford. Venga pronto, por favor, señor Denning.

El joven se alarmó. El tono de la esposa del fiscal era apremiante. Incluso daba la sensación de sentir miedo.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—Por favor... dese prisa. Justin quiere decirle algo... pero no puede acudir al teléfono. Está en cama... Señor Denning...

La voz de la señora Tilford se quebró de pronto.

—Le espero —dijo con un sollozo.

Denning colgó el teléfono y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Empezaba a sospechar que algo malo e había sucedido a su amigo.

Tomó un taxi. Un cuarto de hora más tarde, se apeaba ante la residencia del fiscal.

Mildred le recibió en la puerta de la casa. Sus ojos estaban rojos de tanto llorar.

—Señor Denning... —dijo, ahogando un sollozo.

—Ya estoy aquí, señora —contestó él con voz natural—. ¿Dónde se encuentra su marido?

—Arriba, en nuestro dormitorio... Suba usted, por favor; yo he de atender a los niños...

Denning subió los peldaños de cuatro en cuatro. Había una puerta entreabierta y la empujó.

Su amigo estaba en cama, con la cara vendada por completo y un brazo en cabestrillo. El ojo izquierdo estaba asimismo tapado.

—Hola, Kent —dijo el fiscal, a través de unos labios tremendamente hinchados—. Disculpa que te haya molestado...

—Olvidalo, Justin —atajó Denning—. ¿Qué te ha sucedido? ¿Algún accidente?

Tilford ensayó una sonrisa. Sólo le salió una mueca.

—Sí, tropecé con dos individuos. Uno de ellos era el mismo al que le rompiste una silla en la cabeza. Me golpearon hasta que perdí el sentido. Aunque te parezca increíble, ello ocurrió en mi propio despacho oficial.

Denning apretó los puños.

—¿Y no hubo nadie que te ayudase? —preguntó.

—Era una hora muy avanzada. Estaba yo solo. Cuando desperté... los documentos sobre el Haffreys habían desaparecido. Me habían costado meses enteros de trabajo. Ya no podré inculpar a Baron.

—¿Tan importantes eran?

—No demasiado, si bien se mira, aunque sí lo suficientes, con un poco de suerte, para enviarle un par de años a la cárcel. En ese tiempo, la situación en *Gauntville* se habría corregido...

—Y él no puede tolerar que se altere el actual *statu quo*.

—Exactamente —confirmó el fiscal.

—Es de suponer que esos documentos hayan sido destruidos ya por el fuego —dijo Denning.

—Ponte en el sitio de Baron —contestó Tilford escuetamente.

—Comprendo —dijo Denning—. Justin, te prometo que haré todo lo que pueda.

—No conseguirás nada. Baron es muy fuerte.

Denning sonrió.

—¿De veras? No hay hombre fuerte que no tenga un punto flaco.

—¿Crees que lo encontrarás? Baron es una roca granítica, se mire por dónde se mire. Además, me ha conminado a que presente la dimisión.

—Además de la paliza —dijo Denning furiosamente.

—Sí. La paliza ha sido por lo de los documentos. Para la dimisión, me ha recordado que tengo esposa y dos hijos.

Hubo una pausa de silencio. Denning se sintió envuelto en una inmensa oleada de cólera.

—Justin —dijo—, algo haré, descuida. Va a resultar una lucha muy difícil, pero conseguiremos derrotarle.

—Haz lo que puedas. Yo te ayudaré apenas pueda levantarme de la cama. Mildred y los niños saldrán mañana para California, donde tenemos unos familiares. Como comprenderás, no voy a dimitir.

Denning hizo un signo aprobatorio con la cabeza.

—Lo primero que debes hacer es curarte, Justin —dijo—. Ahora, por favor, dime si reconociste a tus atacantes.

—Sí. Son Fussell Sands... el que recibió tu silletazo, y otro tipo de la misma calaña, llamado Farcey Mulligan.

—Hablaré con ellos en cuanto pueda —prometió Denning.

—Estás solo. Nadie te ayudará...

Denning sonrió.

—Te equivocas... Tengo un ayudante... perdón, dos —se corrigió, pensando también en Edwina Thorren. La muchacha poseía una singular rectitud de pensamiento y le ayudaría, a poco que le pidiera.

CAPÍTULO VI

El edificio donde se imprimía el periódico de Grundig tenía las luces apagadas, a excepción de la de la puerta de entrada. Situado en un portal cercano, Denning aguardaba pacientemente.

Ya habían dado las doce de la noche hacía bastante rato. La circulación era nula en aquellos momentos.

Un automóvil apareció de pronto por el extremo de la calle, rodando a velocidad moderada. Denning se atiesó.

Se preguntó cómo se efectuaría el asalto. Pronto lo sabría.

El coche llegó frente al edificio. Cuatro hombres desembarcaron del vehículo. Dos de ellos eran, portadores de sendas latas de gran tamaño, que depositaron, en el suelo, al pie de la fachada de la casa.

Uno de los forajidos se acercó a la puerta. Levantó el pie, con ánimo de derribarla, pero, en aquel momento, oyó una voz en el piso alto:

—Si tocas esa puerta, considérate hombre muerto.

Denning sonrió. El viejo Abe poseía aún el espíritu de un veterano de los viejos tiempos de la frontera.

La sorpresa de los pistoleros fue mayúscula. Uno de ellos, sin embargo, reaccionó velozmente y sacó su pistola.

Una escopeta de dos cañones tronó en la ventana. El pistolero lanzó un terrible aullido y se desplomó a suelo.

Al caer, su pistola se le disparó involuntariamente a medio palmo de una de las latas de combustible. La gasolina empezó a arder en el acto.

Denning Se abstuvo de intervenir. Abe Grundig en capaz de defenderse por sí mismo, una vez recibido el aviso. Además, se iba a producir un fuego y habían sonado tiros. La policía no tardaría en acudir y los bomberos llegarían enseguida.

Los pistoleros corrieron hacia el coche. De repente la lata

explotó y un enorme volcán de fuego líquido se esparció en todas direcciones.

El automóvil resultó alcanzado de lleno por aquel surtidor de llamas. La ropa de uno de los pistolero empezó a arder y el hombre huyó, lanzando gritos aterradoros.

Los otros dos desembarcaron y abandonaron el automóvil, la mitad del cual ardía ya en pompa. Estalló la segunda lata y la gasolina inflamada se derramó por todas partes.

De pronto, Denning se dio cuenta de que uno de los pistoleros, en su alocada carrera, iba a pasar por delante del portal en que se había guarecido. Alargó el brazo izquierdo, atrapó al hombre por el cuello de la chaqueta y lo dejó sin conocimiento de un contundente puñetazo, justo en el momento en que se oían ya los primeros alaridos de sirenas.

* * *

Cargado con el cuerpo de su prisionero, Kent Denning cruzó la puerta y entró en un cuartito posterior de edificio del *Gauntville Blade*. Abe Grundig cerró y le indicó un sillón.

—Échalo ahí, muchacho —indicó.

—El suelo es bueno para este tipo —dijo Denning—. ¿Lo conoce usted?

—Sí, se llama Farcey Mulligan, un montón de basura ambulante —contestó Grundig.

—Es uno de los que apalearon al fiscal. ¿Cómo ha quedado la casa? —preguntó Denning.

—Bien, con algunos manchones negros en la fachada, pero sin daños esenciales. El periódico saldrá con un poco de retraso, pero saldrá.

Grundig cogió una botella y llenó dos vasos, uno de los cuales entregó a su huésped.

—Bebe, muchacho —invitó—. De no haber sido por ti, ahora estaría yo llorando sobre las cenizas de mí casa. ¿Cómo supiste que iban a atacarme? —preguntó.

—Me lo dijo una persona de confianza —respondió Denning evasivamente.

Grundig le dirigió una mirada de soslayo.

—Muchacho, no quiero ser partícipe de tus secretos —dijo—. Pero cuando veas a esa persona, dale las gracias de mí parte.

—Así lo haré —prometió el ex sargento—. ¿Qué le ha dicho la policía?

—Nada, ¿qué iban a decirme? Los hechos han hablado por mí. —Grundig soltó una risita—. Uno de los pandilleros de Baron está en el hospital con quemaduras graves. El otro...

Tomó un sorbo de su vaso. Luego meneó la cabeza.

—Una escopeta, disparada a cuatro o cinco metros, es siempre un arma terrible —añadió tras la pausa.

—¿Piensa publicar algo en el periódico que saldrá luego?

—¡Pues claro, muchacho! ¿Te imaginas la importancia que tiene el que un director de periódico pueda contar por sí mismo el intento de sabotaje y asesinato de que ha sido objeto? El *Blade* saldrá un poco más retrasado, eso es todo, repito, pero no omitiré ni un solo detalle de lo sucedido.

—Puede incluir las declaraciones de uno de los participantes en el asalto —dijo, señalando a Mulligan, quien ya empezaba a dar señales de vida.

Abe Grundig se acarició la mandíbula.

—No estaría mal —convino—. Pero, ¿ya querrá hablar?

—Deje que yo me encargue de ello, señor Grundig —pidió el ex sargento.

* * *

Farcey Mulligan estaba sentado en un recio sillón, al cual había sido sólidamente atado por medio de unas cuerdas de embalaje. Aparecía sumamente pálido y por sus mejillas corría el sudor literalmente a chorros.

En uno de los rincones de la imprenta, ardía un hornillo de gas, sobre el que había un caldero de hierro. De cuando en cuando, con una barra del mismo metal. Denning revolvía el contenido del caldero.

También tenía un cazo de hierro. Al cabo de unos minutos, lo metió en el líquido que hervía sordamente sobre el fuego y lo sacó lleno, vertiéndolo luego sobre el mismo recipiente.

Los ojos de Mulligan se desorbitaron al ver el plomo fundido.

Sentado cerca de él. Abe Grundig le contemplaba con expresión sardónica.

—Es plomo de componer —dijo—. Desechado ya para la imprenta, por supuesto, pero todavía tiene algunos usos diferentes. Por ejemplo, hacer hablar a los tipos recalitrantes como tú.

—No... no irán a echarme plomo fundido encima, ¿verdad? —balbuceó el pistolero, sintiendo un terror infinito.

—¿Y quién nos lo va a impedir? Este es un lugar muy apartado y nadie te oírás gritar. Además, tengo abajo un sótano que apenas se utiliza. Luego podemos cavar en el suelo una tumba y nadie sabrá jamás qué ha sido de Farcey Mulligan.

El pistolero estaba a punto de echarse a llorar.

—Ustedes no pueden hacer eso —gimió—. Son personas decentes...

—Cuando nadie las ve, las personas decentes hacen cosas muy raras, ¿no es verdad, Kent?

—Así es, señor Grundig —contestó placenteramente el ex sargento—. Bueno, el plomo está fundido por completo. ¿Cuándo empieza a mojarle los tobillos?

—¡No! —chilló Mulligan, lívido de pánico—. ¡No! Hablaré... diré todo lo que sepa... El plomo no...

La resistencia del pistolero se desmoronó por completo. Denning redujo la llama de gas, pero sin apagarlo por completo, y luego se acercó a Mulligan.

—Queremos saber quién os dio la orden de apalear al fiscal —dijo en tono lleno de severidad.

Grundig estaba a un lado, con un lápiz y un taco de notas en las manos, espiando cuidadosamente las menores reacciones de Mulligan. El pistolero contestó:

—Fue... fue Hatt Woks...

—¿Quién es Winks? —preguntó Denning.

—El secretario personal de Baron y su mano derecha —aclaró el periodista—. Un tipo inteligente, astuto y carente de escrúpulos.

—Ya —murmuró Denning—. Mulligan, ¿fue también Winks quien os dio la orden de asaltar el periódico?

—Sí...

—¿Dónde estabas tú cuando os dio esa orden?

—En... en el Haffreys. Winks nos citó en un reservado y... nos

dio instrucciones...

Denning cambió una mirada con el periodista. Este dijo:

—Continúa haciéndole preguntas, muchacho. Yo las anotaré todas puntualmente.

Denning asintió. El interrogatorio duró largo rato. Desmoralizado, Mulligan contestó en lo sucesivo sin reticencias. Algunas preguntas quedaron sin respuesta, pero Denning comprendió que en lo referente al tema, Mulligan no sabía nada.

—Será un magnífico reportaje —dijo Grundig complacidamente, cuando el joven dio por terminado el interrogatorio.

Denning se frotó la mandíbula. De pronto, hizo una señal con la mano y se llevó al anciano a un rincón del taller.

—Señor Grundig —dijo—, estimo que no es conveniente que publique nada de lo que ha dicho Mulligan.

—¿Por qué? —inquirió el periodista—. Ahora mismo lo pasaré a limpio, le haré firmar al pie y...

—Con ello solo conseguiría acusar a Winks, pero no a Baron y es este quien nos interesa. Ciertamente, Mulligan nos ha contado muchas cosas interesantes; sin embargo, ¿cómo lograría usted más tarde demostrar la autenticidad del reportaje? Baron no ha podido destruirle el periódico, pero podría meterle en un compromiso si le demandara judicialmente.

Grundig se sintió repentinamente preocupado.

—Eso es cierto, muchacho —convino—. Pero, ¿qué diablos puedo hacer entonces?

—Publique solo lo referente al ataque. No diga nada de Mulligan. Límitese a hacerle firmar sus declaraciones y guárdelas en lugar seguro para el momento que pueda necesitarlas.

—Eso está muy bien, pero, ¿qué hacemos entonces con ese bigardo?

—¿No dijo antes que tenía un sótano que apenas se utiliza? Mire, Baron ha perdido dos hombres esta noche; es decir, un muerto un herido. Cuando se entere de que Mulligan ha desaparecido sin dejar rastro, empezará a preocuparse. Nadie me ha visto atraparle ni nadie sabe tampoco que está aquí. Tráigale agua y comida una vez al día y vigile que no se le escape. Será la mejor solución, créame.

—¿Y cuánto tiempo habré de tenerle encerrado? —Usted no va a

ser el preso, así que el que tiene que padecer es Mulligan. Lo retendremos una temporada; después veremos si nos conviene utilizarlo como testigo obligarle a abandonar la ciudad. Una semana de encierro en el sótano le volverá del revés, créame.

Grundig asintió sonriendo maliciosamente.

—Sí, es la mejor solución —convino—. Y será divergió ver la cara que pondrá Baron cuando pasen los días y vea que Mulligan ha desaparecido sin dejar rastro.

CAPÍTULO VII

Al oír el sonido de unos nudillos que tocaban en la puerta, Denning se levantó, cruzó el salón y apoyó la mano en el picaporte. Tras unos segundos de vacilación se decidió a abrir.

Inspiró con fuerza. Cherry Minette estaba en el umbral.

—¿Puedo pasar, Kent? —preguntó la joven.

Denning se sintió tentado de cerrar de un portazo, pero rectificó a tiempo. Se apartó a un lado y dijo:

—Claro. Entra, Cherry.

Ella cruzó el umbral, envuelta en una tenue nube de perfume caro. Denning se dio cuenta de que vestía ropas de la mejor calidad. La estola de zorro plateado que envolvía sus hombros negligentemente indicaba un precio exorbitante.

Cherry llegó al centro del saloncito y se detuvo ligeramente irresoluta. Denning le mostró el diván con la mano.

—Siéntate —invitó.

Ella accedió, quedando rígida, con el bolso sobre las rodillas, muy juntas, y las manos encima del mismo. Al cabo de unos instantes, abrió el bolso, sacó una costosa pitillera de platino y brillantes y se puso un cigarrillo en los labios.

—¿No me das fuego, Kent? —pidió, evidentemente turbada.

Denning le acercó la llama del encendedor. Cherry expulsó el humo con rápidas bocanadas.

—Te habrá extrañado que venga a verte —dijo ella, al cabo de unos segundos de tenso silencio.

—Un poco, es preciso admitirlo —contestó él.

—Y no me has preguntado por qué estoy aquí.

—Espero que me lo digas tú misma.

Cherry aspiró el humo una vez más. Luego, con gesto rápido, aplastó el cigarrillo contra un cenicero próximo.

—Kent, el motivo de mí visita se refiere a tu disputa con Ray... con el señor Baron...

—Será mejor que no disimules y sigas llamándole Ray —dijo él fríamente—. ¿Te ha enviado con algún mensaje para mí?

—No, he venido voluntariamente. Kent, Ray es terriblemente poderoso. Podrá parecerte una burla sangrienta, pero todavía te quiero mucho... No me gustaría que te sucediese algo malo. Por favor, vete de *Gauntville* ahora que aún hay tiempo...

—¿Te molesta mi presencia en la ciudad?

—Lo hago por tu bien, Kent —insistió ella—. Vete, te lo repito. Ray puede cansarse un día...

—Dejemos a Baron en paz y hablemos de los dos. Te he preguntado si mí presencia en la ciudad te causa molestias... personales, por supuesto.

Cherry enrojeció vivamente.

—No sé a qué te refieres —dijo, desviando la mirada.

—Tus relaciones con Baron son del dominio público. Todo el mundo sabe los lazos que os unen, Cherry.

—La gente es muy dada a exagerar. Ray y yo somos buenos amigos, simplemente. Además, él es mucho mayor que yo. Tiene casi cincuenta años... y yo solo veintiséis...

—Pero tú eres joven y hermosa y él tiene dinero en abundancia.

—¡Kent! ¡Por favor! ¡No me confundas con una... con una cualquiera!

Denning apretó las mandíbulas.

—Lo que más me molesta de ti es el cinismo que estás demostrando —dijo duramente—. Puedo agradecerte el consejo, pero no me tomes por ciego. ¿O es que ya no te acuerdas de las ropas que llevabas puestas el día en que lancé a aquel pistolero a través de la ventana?

Un violento rubor afloró a las mejillas de la joven. Cherry bajó la cabeza.

—Kent, quisiera que trataras de comprenderme —musitó.

Denning se inclinó un poco y acarició ligeramente la estola de piel.

—Cosas como estas no las regala un amigo solo por simple amistad —dijo—. ¿Y esas ropas tan caras? ¿Y ese perfume de París? ¿Qué me dices de tus anillos, de tus pulseras, de tus pendientes... de

esa pitillera de platino y diamantes? ¿Quieres que te diga el precio que has tenido que pagar para obtener todo eso?

Cherry se puso en pie violentamente.

—¡Basta! Kent, no he venido a que me insultes...

—¿Te molesta, acaso, que te digan la verdad?

—Vine a darte un consejo, puesto que todavía te aprecio. Pero si no quieres seguirlo, carga con las consecuencias. A nadie más que a ti podrás echar las culpas.

Denning meneó la cabeza.

—Cherry, hay una cosa en ti que me desilusiona infinitamente más que la venta de tu propio cuerpo para obtener lujos y comodidades. Lo que me desilusiona es que hayas perdido la moral hasta el punto de estar completamente de acuerdo con un asesino y un ladrón. Toda mujer puede tropezar y caer y pedir ayuda para levantarse, pero lo que me ha quitado la escasa ilusión que aún guardaba de ti es tu forma de comportarte admitiendo como lógicos y lícitos y perfectamente naturales los sanguinarios actos de tu amante.

Apenas había terminado de hablar, se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Por favor, Cherry —dijo lacónicamente.

Ella se puso en pie y cruzó el salón. Desde el umbral dirigió al joven una mirada llena de desesperación.

—Kent...

—Adiós —dijo él con glacial acento.

Cherry bajó la cabeza y salió sin añadir una sola palabra más.

* * *

Edwina Thorren avanzó unos pasos y se detuvo en el centro de la salita, aspirando el aire con fuerza. En la mano derecha llevaba un periódico plegado.

—Huelo demasiado bien —dijo—. *Autumne a París* —sugirió.

—No entiendo de perfumes —contestó Denning hoscamente.

—«Chanel núm. 5» no es, por supuesto. Está ya un poco visto... digo, un poco olfateado. Tiene que ser el que he dicho... o tal vez «Pluie de roses». Bueno, lo mismo da; tal vez se lo pregunte un día a la interesada.

Miró maliciosamente al ex sargento.

—En *Gauntville* no hay muchas damas que usen perfumes franceses —añadió.

—Sí; Cherry ha estado aquí —contestó él exasperadamente—. ¿Y qué? ¿Es algo malo?

Edwina se encogió de hombros.

—Para mí, no; en todo caso, para usted. ¿Ha venido a... reanudar lazos rotos en el pasado?

—Ha venido a lo que usted no le importa. ¿Por que no me deja en paz de una vez?

—Está de mal humor y se comprende, después de la visita de su antigua prometida, ahora convertida en la favorita del amo de la ciudad. No se lo tendré en cuenta, señor Denning. ¿Ha leído usted el *Blade*?

—He estado durmiendo gran parte del día —contestó él.

Edwina le entregó el periódico.

—Lea, lea —invitó—. Abe Grundig hace una gran descripción del intento de asalto a su periódico por unos forajidos, pagados por la mano de alguien que no soporta la menor crítica. Uno de los bandidos ha muerto, el otro está gravemente herido en el hospital y dos han escapado y no se conoce su paradero actual. Hubo un conato de incendio, ardió un automóvil y la fachada del edificio sufrió algunos daños, pero el periódico ha podido salir a la calle.

Denning no hizo el menor ademán por coger el diario. Ella le miró con extrañeza.

—¿Es que no quiere leerlo? —preguntó.

—No me interesa. Ya conozco los acontecimientos.

—Como testigo presencial, pero anónimo, por el momento —dijo ella.

—¿Y qué, si fuera así? ¿Tendría usted algo que oponer?

—En absoluto —sonrió Edwina—. Todo el mundo sabe a quién se refiere Grundig en la información de los hechos. Además, publica también la noticia del apaleamiento del fiscal y las declaraciones de este, acerca del robo de unos importantes documentos relativos al Haffreys. Sólo le falta escribir directamente el nombre de Baron, pero, claro, no puede hacerlo sin pruebas concretas.

—También conozco ese suceso —dijo él—. Tilford me lo contó personalmente. Se ha visto obligado a enviar fuera de *Gauntville* a

su esposa y a sus hijos, amenazados de muerte si no dimite de su cargo.

Edwina se estremeció.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

—Absolutamente —replicó el ex sargento—. Me lo dijo el propio Tilford, después de haber sido curado de las lesiones recibidas.

Ella señaló el periódico.

—Tilford declara no haber visto las caras de sus atacantes —dijo.

—Por supuesto. Pero los vio. Sabe sus nombres. Pero ¿cómo probarlo?

—Siempre la misma cantilena: falta de pruebas. ¿No las encontraremos algún día?

Denning la miró fijamente.

—¿También usted? —dijo.

Ella se sonrojó ligeramente.

—Desde muy pequeña me enseñaron lo que es rectitud y honestidad. El hecho de que yo trabaje en un periódico propiedad de Baron, no significa en absoluta que esté de acuerdo con sus turbios procedimientos.

—En lugar de turbios diga sanguinarios y la calificación resultará más exacta.

—Como quiera —replicó ella—. Tilford ha sido apartado de la circulación por una temporada. La gente teme a Baron más cada día. ¿Piensa seguir adelante?

—Hasta el final —contestó Denning resueltamente.

—Kent... perdone que le llame por el nombre, pero me disgustan los tratamientos ceremoniosos en según qué casos... Kent, dígame, en su actitud, ¿no intervienen otros factores que los del simple deseo de justicia.

—Ya me hizo esa pregunta días atrás. Conoce mi respuesta, Edwina.

—Cherry ha estado hoy aquí.

—Eso no tiene ninguna importancia. No cambiará ni modo de pensar.

—¿A qué vino?

—Me aconsejó abandonar la ciudad.

—¿Seguirá su consejo?

—Ya sabe cómo pienso al respecto, Edwina.

Ella meneó la cabeza.

—Se ha embarcado en una empresa punto menos que imposible —suspiró—. Yo también le diría que abandonase el empeño, para no verle sufrir algún daño... o quizá algo peor, pero no puedo. Sólo me resta desearle suerte, mucha suerte, Kent.

Denning sonrió.

—Gracias, Edwina —contestó.

Ella le dirigió una mirada de simpatía.

—En el periódico se oyen muchas cosas. También en la calle —dijo—. Su nombre empieza a sonar con cierta fuerza. El silletazo que propinó a Mulligan ha hecho bastante ruido.

—La caída de Baron hará mucho más ruido, Edwina.

—¿Llegará a producirse, Kent?

—Si no abrigara la esperanza de que así suceda, abandonaría inmediatamente.

—Él lo tiene todo: dinero, amistades, influencias, hombres armados que imponen sus pretensiones a la fuerza...

—Pero le falta una cosa, Edwina.

—¿Cuál, Kent?

—La razón.

Edwina meneó la cabeza.

—Corremos unos tiempos muy malos, Kent —dijo melancólicamente—. Con harta frecuencia, la fuerza se impone a la razón. Querer que la razón triunfe sin tener la fuerza necesaria para apoyarla —concluyó con acento desanimado—, es, sencillamente, una utopía.

CAPÍTULO VIII

Sentado en la oscuridad, conteniendo los deseos que tenía de fumar, Denning pensaba en las palabras de la periodista.

¿Era una utopía su lucha contra el hombre todopoderoso que sojuzgaba a la ciudad con una mano de hierro, no siempre enguantada en terciopelo?

Baron podía hacerle asesinar en cualquier momento. ¿Por qué no había dado aún la orden?

¿Le tenía miedo? ¿O temía al escándalo que ello podría producir?

No, el escándalo no arredraba a Baron. Simplemente, estaba seguro de eliminarle en cualquier momento.

Cuando le conviniera o cuando sus actos le resultasen demasiado molestos. Por ahora, podía decirse, no habían pasado de simples pinchazos de alfiler en una piel de elefante.

Pero si actuaba con más intensidad, causándole más perjuicios, quizá entonces...

La puerta se abrió de pronto, cortando en seco sus pensamientos. Casi al mismo tiempo, se encendió la luz.

Gale Helgaard le miró con infinito asombro.

—¡Señor Denning! —exclamó.

Luego reaccionó rápidamente y cerró la puerta, en la que se apoyó, mientras se llevaba una mano al pecho.

—Me he asustado un poco... —confesó—. ¿Cómo ha entrado aquí?

Denning se puso en pie y sonrió.

—Usted me indicó días pasados el medio —replicó—. Me ha parecido lo más oportuno venir aquí, en lugar de a su casa.

—Allí es más seguro...

—Pero tenía cierta prisa. Usted dijo que trataría de ayudarme.

—Sí, es cierto. —Gale se volvió, dio una vuelta a la llave y se

dirigió hacia el biombo que había en un rincón del camerino—. Hable mientras me cambio de ropa —invitó—. Todavía me quedan un par de números.

—Sí, desde luego. ¿Ha leído los periódicos estos días?

—Desde luego. —Gale le miró por encima del biombo y sonrió—. Más que leerse, se oyen —comentó.

—En efecto, han sucedido algunas cosas muy ruidosas. ¿Cómo sigue el Haffreys después de lo del otro día?

—Ya han reparado todo. Pero la clientela a las salas de juego se ha reducido en un cincuenta por ciento, cuando menos. Winks está que echa humo.

—¿Es el que dirige el local? —preguntó Denning.

—Digamos más bien que lo supervisa. El director, no sé si de paja o efectivo, es Johnny Teane. También está que muerde las paredes.

Denning sonrió.

—Baron acusará el golpe, sin duda alguna. Pero la gente es olvidadiza. Al cabo del tiempo todo volverá a la normalidad.

—Sí, desgraciadamente, así ocurrirá, señor Denning. Yo no le veo remedio para esta situación...

—Puede que lo haya, señorita Helgaard.

Los blancos hombros de la artista asomaron por encima del biombo.

—¿Cuál es ese remedio? —preguntó.

—El fiscal había conseguido reunir importantes documentos que demostraban algunas de las cosas nada limpias que suceden aquí. Baron habría podido ir a la cárcel para un par de años.

—Y Baron se los quitó y los habrá destruido a estas horas.

—Justamente.

Gale salió del biombo y se situó de espaldas ante el joven.

—Súbame el cierre, por favor —pidió—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Aquí suceden cosas que pueden ser más o menos toleradas: juego, mujeres... Pero, ¿sabe usted algo de las drogas?

—Alguien las vende, eso es todo lo que sé.

—¿Conoce el nombre de ese alguien?

—Es uno de los secretos mejor guardados. ¿Por qué no se lo pregunta a Johnny Teane? O mejor todavía, a Winks...

—¿No tendría usted probabilidades de husmear algo al respecto? Gale ya se había vuelto frente a Denning.

—Si puedo, lo haré, pero no voy a comprometerme a darle una respuesta definitiva. Usted sabe tan bien como yo que tengo motivos para desear el castigo de Baron.

—Sí, señorita Helgaard.

—Haré todo lo que pueda, repito. —Gale avanzó hacia la puerta y, con la mano en el pomo, se volvió y le miró—. Salga después de que yo me haya ido, señor Denning —aconsejó.

La luz se apagó. Denning sonrió satisfecho en la oscuridad. Sabía que podía contar con un valioso ayudante.

* * *

El ejemplar del *Gauntville Blade* en que se describía el frustrado intento de asalto, estaba sobre la mesa de Ray Baron. En el mismo número, se hablaba del brutal apaleamiento sufrido por el riscal Tilford.

Era ya un periódico atrasado. Baron tenía también el del día siguiente, en el que se hacía una mordaz crítica del *Herald*, cuyas informaciones acerca de los dos sucesos mencionados habían sido más bien «tímidas».

La crítica, en especial, se ensañaba en la información dada por el *Herald* al ataque sufrido por Justin Tilford, despachada con cuatro líneas escondidas en el interior del diario y haciendo referencia a un ligero accidente doméstico.

Grundig tachaba de embustero al redactor de la noticia y repetía que Tilford había sido apaleado por dos rufianes quienes, además, se le habían llevado luego unos documentos importantísimos.

Pero, claro, añadía el *Blade*, ¿cómo en el *Herald* podían dar noticias capaces de molestar a importantes personajes, de los que se sabía poseían prácticamente todas las acciones del periódico?

Los tiros apuntaban claramente a Baron. El más tonto lo habría visto en el acto.

Y Baron no tenía nada de tonto.

Estaba furioso.

—En los últimos tiempos, ese maldito Grundig se ha vuelto cada vez más desvergonzado —dijo.

Winks asintió.

—Deberíamos darle una buena lección —murmuró.

—Ya lo intentamos —gruñó Baron—. ¿Y qué pasó? Milt Willis murió. Reagan estuvo a punto de abrazarse vivo... y de Mulligan no se ha sabido nada más desde entonces. Grundig les estaba esperando.

—Lo que significa que alguien le avisó —dijo el secretario.

—Es un tipo muy receloso. Posiblemente estaba vigilando su propio negocio —gruñó Baron—. Pero, ¿dónde diablos se habrá metido ese maldito Mulligan?

—Quizá cobró miedo y huyó de la ciudad...

Baron meneó la cabeza.

—Pudiera ser, pero se me antoja raro. De todas formas, poco daño podría hacerme, aunque le cogieran prisionero. —La mano de Baron golpeó los periódicos súbitamente—. Hatt, hay que hacer un escarmiento con Grundig. Hemos estado apretándole las clavijas durante mucho tiempo, pero no se ha rendido todavía, a pesar de que su situación económica dista mucho de ser satisfactoria...

—Sí, señor.

—¿No se te ocurre a ti alguna idea?

—Bueno, puesto que anda mal de fondos... a veces, las personas, cuando tienen apuros económicos, desfallecen, se hartan de vivir y...

Baron se echó hacia atrás en su sillón y miró a Winks de hito en hito.

—Hatt —dijo—, ¿cuál es tu proyecto?

—Grundig es viejo, no tiene familiares y se siente agobiado por el problema económico. En esas condiciones, ¿a quién le extrañaría encontrarlo muerto en su propia casa?

—¿Te encargarás tú, Hatt?

—Sólo soy un contable, señor Baron.

—Vamos, vamos, Hatt no me vengas con excusas. Tú y yo sabemos bien lo que eras y lo que hacías antes de trabajar conmigo. Encárgate de Grundig y procura no fallar como esos estúpidos.

—Bien, señor Baron. Una pregunta, señor Baron.

—¿Sí, Hatt?

—¿Qué hay del ex sargento?

La mirada de Baron se endureció de repente.

—Empiezo a considerarlo como un problema personal —respondió—. Déjalo de mí cuenta, ¿quieres? Tú encárgate del viejo Grundig... y cuanto antes lo hagas, mejor para todos, ¿estamos?

* * *

Había un taburete vacío al lado de Edwina Thorren y Denning lo ocupó desenvueltamente. Ella volvió la cabeza e hizo un gesto de sorpresa.

Denning pidió una taza de café a la *barmaid*. Luego sonriendo alegremente, dijo:

—Alguna vez teníamos que vemos en otro sitio distinto de mi habitación del hotel, ¿no es cierto?

Edwina sonrió también.

—Empezaba a convertirse en una costumbre y ya temía perder mi reputación —contestó.

—La reputación no se pierde si uno no quiere —dijo él sentenciosamente—. ¿Ha leído los periódicos?

—Por supuesto. La pluma del viejo Grundig es tan afilada como una navaja de afeitar.

—Sí, es cierto. ¿Ha oído algún comentario en el *Herald*?

—Bastantes, pero... Kent, allí la gente tiene un miedo cerval. En cuanto alguno tiene que dar alguna noticia referente a alguna de las tropelías cometidas por lo sicarios de Baron se pone enfermo. Tiene que redactar la noticia de modo que no ofenda al todopoderoso dueño del diario, ¿comprende?

—Desde luego.

—Se cita siempre a maleantes desconocidos, pero no se insinúa siquiera que obedecían a Baron. Es más, en casi dos años, es decir, desde que Baron compró las acciones que le convirtieron en dueño del periódico, el *Herald* ha enmudecido en lo referente a propugnar una campaña de extinción del vicio y del pistolero en *Gauntville*. Imagine por qué, Kent.

Denning asintió, mientras removía el azúcar de su taza de café.

—Por fortuna, nos queda el viejo Abe, terco e irreductible —dijo.

—Pero no puede hacer mucho, Kent.

—Peor sería no tener a nadie que hiciera lo que él hace, Edwina.

—Eso sí es cierto —admitió la muchacha—. ¿Ha conseguido algo en estos días, Kent?

Denning meneó la cabeza.

—No demasiado, a decir verdad —contestó—. Siempre tropiezo con el mismo muro: falta de pruebas.

—No las encontrará, mientras la gente no quiera colaborar Kent.

—Claro, pero, ¿qué puedo hacer yo? No van a construirme una pancarta y pasearme por las calles de la ciudad pidiendo ayuda a sus habitantes para liberarnos de Baron. La policía me detendría inmediatamente... y me tildarían de chiflado.

—Entonces, ¿no conseguiremos jamás nada?

—Por ahora solo nos queda un recurso: esperar.

—Sí, pero ¿a quién? ¿Qué hemos de esperar, Kent?

El joven sonrió maliciosamente.

—No haga tantas preguntas —contestó. Puso unas monedas sobre el mostrador—. Y me voy a ir, antes de que mi sombra empiece a recelar también de usted.

—¿Su sombra? No entiendo, Kent —dijo Edwina, extrañada.

—Mire con disimulo a ese sujeto que está leyendo el periódico en la acera. Lleva siguiéndome toda la mañana. No lo hará por simpatía, creo yo, ¿verdad?

Y antes de que la sorprendida periodista pudiera pronunciar una sola palabra, Denning se apeó del taburete y se dirigió hacia la salida.

En la calle, se detuvo de cuando en cuando para observar al pistolero. Este le seguía implacablemente adonde quiera que fuese.

Denning decidió terminar por fin la persecución. De pronto, giró a su derecha y se metió en un bazar, no muy concurrido en aquellos momentos.

El pistolero siguió tras él. Denning se dirigió hacia los cuartos de aseo. Había un individuo y el ex sargento se acercó a un lavabo y empezó a mojarse las manos. A los pocos segundos se quedó solo.

Entonces se secó rápidamente y corrió a situarse a un lado de la puerta. Como había calculado, su «sombra» apareció momentos más tarde.

El individuo asomó la cabeza con cautela. De pronto, sintió que le agarraban por los hombros y tiraban de él hacia adentro.

Denning cerró la puerta de un puntapié. Cogido por sorpresa, el

pistolero había perdido la iniciativa.

Un puño que parecía de cemento, se hundió en su estómago, obligándole a curvarse hacia adelante. Denning volvió a agarrarle por los hombros y tiró con todas sus fuerzas.

El pistolero corrió velozmente en contra de su voluntad. Su cabeza chocó sordamente contra el muro opuesto y cayó al suelo, perdido por completo el conocimiento.

Tranquilamente, sin concederle siquiera una mirada, Denning abandonó los lavabos y tras cruzar las distintas secciones del bazar, salió a la calle.

CAPÍTULO IX

La hora era ya muy avanzada. Abe Grundig estaba terminando de repasar unas galeradas que luego dejaría compuestas, para ser unidas a la plancha de imprimir. Bostezó aparatosamente: tenía ganas de acabar el trabajo para echarse a dormir un rato.

Los operarios vendrían más tarde y lanzarían la edición del periódico que salía siempre por las tardes. Luego, por la noche vuelta a empezar...

Una puerta se abrió silenciosamente. Grundig no oyó nada, hasta que sintió que el frío cañón de una pistola le apoyaba en su cabeza.

El anciano se puso rígido. Unas fuertes manos le agarraron por los brazos y le apartaron de la mesa.

—Cierra, Rocky —ordenó Winks, mientras miraba hacia el techo.

Otro pistolero sujetaba a Grundig. El viejo periodista le estremeció.

Winks hizo una seña y Rocky Mintle trajo una silla. Subióse a ella y cogió la cuerda que le entregaba Winks. El lazo estaba ya preparado.

Winks dirigió una cruel mirada hacia el periodista.

—Está arruinado y no ha podido soportarlo —dijo.

Grundig inspiró con fuerza. Intentó desasirse de las manos de su custodio, pero no lo consiguió.

Entonces sonriendo despreciativamente, escupió a la cara a Winks.

El rufián emitió un colérico juramento. Levantó la mano, pero se contuvo en el acto.

Volvió a sonreír.

—No quiero que aparezcan marcas en su cara —dijo—. Los suicidas no se abofetean a sí mismos antes de morir.

Mintle saltó al suelo.

—Listos, señor Winks —informó.

—Arriba con él —ordenó el secretario de Baron.

Los pies de Grundig se apoyaron en la silla. Mintle le pasó el lazo en torno al cuello. El otro extremo de la cuerda pendía de un gancho sujeto al techo de la estancia.

De pronto, Grundig se acordó de Farcey Mulligan. Sin poder contenerse, se echó a reír.

—¿Qué le pasa viejo? —preguntó Winks, extrañado—. ¿Es que se ha vuelto loco?

Grundig meneó la cabeza.

—Nada de eso. Me río porque... ¡Imbéciles!

Winks se enfureció. No comprendía lo que le sucedía a Grundig, pero tampoco le importaba demasiado.

Grundig continuaba riendo cuando la silla fue apartada de sus pies de una patada. Mintle y el otro pistolero eran tipos endurecidos, pero no pudieron resistir el horrible espectáculo y volvieron la cara.

En cambio, Winks permaneció frente al periodista hasta que sus movimientos cesaron por completo.

—Vámonos —dijo entonces.

Los tres habían llevado las manos enguantadas. No había peligro, pues, de huellas dactilares.

* * *

Justin Tilford fue uno de los primeros en recibir la noticia del presunto suicidio de Grundig.

El fiscal tenía aún la cara hinchada y su brazo izquierdo estaba escayolado, pero podía continuar desempeñando sus funciones. Un coche de la fiscalía le llevó rápidamente hasta el edificio del *Gauntville Blade*.

El capitán Henderson, de la policía local, salió a recibirle.

—Suicidio, señor fiscal —informó lacónicamente.

Tilford miró al policía con aire dubitativo.

—¿Seguro, capitán?

—Seguro, señor. Grundig pasaba dificultades económicas en los últimos tiempos. La gente anunciaba cada vez menos en su

periódico y...

—Vamos a verlo, capitán. ¿Lo han descolgado ya?

—Nos disponíamos a hacerlo ahora. El forense ha certificado la defunción y ha dado permiso para trasladar el cadáver. Haga el favor de seguirme señor Tilford.

Los dos hombres entraron en la sala donde el cuerpo de Grundig pendía todavía del lazo que le había quitado la vida. Tilford cerró los ojos un momento y luego se obligó a sí mismo a contemplar aquel horrible espectáculo.

—Fue suicidio, señor, no hay duda —dijo el capitán Henderson—. Abe Grundig ató la cuerda al gancho del techo hizo luego un nudo, se subió a esa silla que ve ahí volcada, metió la cabeza en el lazo y...

Tilford apretó los labios.

—Henderson —dijo—, ¿de veras cree usted en la tesis del suicidio?

—Pues claro, señor Tilford ¿qué otra cosa se podría creer? Salta a la vista, ¿no?

Tilford hizo un ademán con la mano sana.

—Haga que coloquen la silla bajo los pies del cadáver —ordenó.

Dos agentes se apresuraron a cumplir la orden. El cuerpo de Grundig se ladeó ligeramente, pero sin caer del todo, quedando sostenido por la cuerda pendiente del gancho.

Los policías miraban a Tilford con aire expectante. El fiscal dijo:

—Henderson, ¿qué estatura le calcula usted a Grundig?

—Yo diría que un metro sesenta y tres centímetros, aproximadamente, señor —contestó el policía.

—Muy bien. Grundig elevó los brazos, una vez en la silla, y ató la cuerda al gancho. Después, él mismo pateó la silla y quedó suspendido en el vacío.

—Sí así tuvo que suceder —convino Henderson.

Tilford sonrió ligeramente.

—Habría sucedido... si Grundig hubiese podido llegar por sí mismo desde la silla hasta el techo. Calcule distancias, hombre. Sin una escalera, que no se ve por ninguna parte, el viejo Grundig jamás habría podido alcanzar el gancho.

Un profundo silencio gravitó de repente en la estancia.

Tilford dijo:

—A Grundig lo asesinaron, capitán. El hombre que ató el lazo era considerablemente más alto que él, de veinte a veinticinco centímetros... y aun así tuvo que colocarse de puntillas sobre el asiento de la silla. ¿Lo comprende ahora Henderson?

El oficial se frotó la mandíbula con fuerza.

—Asesinato, no hay duda —concordó—. Pero, ¿quién, señor?

—Yo le daría un nombre, capitán, pero sería inútil. No encontraríamos pruebas, ¿comprende?

Henderson crispó los puños.

—Si encuentro las pruebas, juro que sentaré al asesino ante un tribunal —dijo coléricamente.

Tilford se sentía más bien escéptico. Sabía que Henderson estaba animado de buenos propósitos pero esto no era suficiente.

Pruebas, pruebas, se dijo una vez más, sintiendo en su ánimo el desánimo más profundo.

* * *

Kent Denning sintió un instante de terror cuando supo la noticia de la muerte del viejo periodista.

Luego se acordó del prisionero. ¿A qué horas le llevaba Grundig la comida?

Era un detalle que no había tratado con el difunto. Ni siquiera conocía la ubicación del sótano.

Mulligan corría peligro de morir de hambre y de sed. ¿Debía ir al edificio del *Blade* y soltar al rufián?

Pero si lo soltaba, Mulligan hablaría de él y eso no le convenía por el momento. Denning se sentía terriblemente irresoluto.

De pronto, sonó el teléfono.

—Habla Denning —dijo, tras levantar el auricular.

—Tilford —habló el fiscal—. ¿Conoces la noticia?

—Sí. El *Herald* ha lanzado una edición especial. Dice que deplora el suceso, que era un hombre muy apreciado, a pesar de la diferencia de criterios, etcétera. Lo que se dice en semejantes circunstancias, Justin.

—Sí el *Herald* dice muchas cosas, pero lo que no dirá jamás es que no hubo tal suicidio,

Denning contuvo el aliento.

—¿Seguro, Justin?

—Segurísimo, Kent. Yo mismo lo he demostrado en presencia del capitán Henderson y de unos cuantos agentes de la policía,

Y acto seguido, Tilford relató a su amigo cuanto había podido ver en la estancia donde había aparecido el cuerpo del supuesto suicida.

—Bien, es asesinato —convino Denning cuando su amigo hubo concluido su narración—. ¿Y ahora, Justin?

Tilford dejó escapar un suspiro de desaliento.

—Lo de siempre...: falta de pruebas. Es fácil saber quién ordenó la muerte de Grundig; no sería difícil dar con los ejecutores materiales de esa orden, pero lo que ya resulta imposible es encontrar las pruebas materiales que permitan condenarlos.

* * *

El edificio estaba solitario y sombrío. Reinaba el más absoluto silencio.

Denning avanzó a través de las distintas estancias. En la mano derecha llevaba una linterna y en la izquierda un saquete de regulares dimensiones.

De cuando en cuando, golpeaba el suelo con el tacón. Al cabo de unos minutos, oyó unos golpes que sonaban débilmente en la pieza contigua.

Abrió la puerta. No había ventanas en aquella habitación, destinada a guardar los trastos viejos, por lo que se permitió el lujo de encender la luz.

Los golpes sonaban hacia el centro del suelo de gruesas tablas. Denning divisó una trampa, que se aseguraba por medio de un sólido cerrojo.

Descorrió el cerrojo y levantó la trampa. A tres metros de distancia, Mulligan le miró plañideramente.

—Por favor, sáqueme de aquí —dijo—. Me volveré loco si continúo encerrado por mucho tiempo...

Denning sintió momentáneamente una viva compasión por el pistolero. Pero luego se dijo que Mulligan, apenas saliera, volvería a las andadas.

Arrojó el saquete a través del hueco.

—Ahí tienes comida y una lata de agua. Podrás tirar fácilmente dos días, tres si escatimas un poco en las comidas, Volveré pasado mañana.

—¡Espere! —chilló Mulligan—. Diré todo lo que quieran, confirmaré lo que le declararé al señor Grundig... Winks nos ordenó quemarle el periódico, lo juro...

—Tardarías demasiado en aparecer ante un jurado —contestó Denning—. Para entonces, tus buenos propósitos se habrían convertido en humo. Sigue aquí encerrado, Mulligan. Saldrás cuando yo lo disponga.

—Pero si mi jefe ordenase otra vez quemar la casa, yo moriría abrasado —gimió el prisionero.

—Eso es algo que Baron ya no hará —dijo Denning—. El señor Grundig ha muerto asesinado.

Y antes de que el atónito Mulligan pudiera decir algo, dejó caer la trampa de golpe, pasó el cerrojo y abandonó la estancia.

CAPÍTULO X

Edwina Thorren acusaba claramente el golpe.

—No puedo creerlo, no puedo creerlo —decía una y otra vez,

Denning encendió dos cigarrillos y le pasó uno. Edwina aspiró el humo con rapidez.

—Es cierto —manifestó Denning—. El mismo fiscal pudo comprobarlo. No había escalera alguna y, en pie sobre la silla, Grundig no habría llegado jamás al gancho al cual se había atado la cuerda.

—Lo cual significa que lo hizo un hombre de elevada estatura.

—Sí. Tilford calcula que medía de veinte a veinticinco centímetros más que Grundig, es decir, un tipo con una estatura comprendido entre metro ochenta y tres y casi metro noventa.

Edwina se mordió los labios.

—¿Quién alcanza esa estatura? —murmuró.

Hubo un momento de silencio. De pronto, la muchacha exclamó:

—¡Ya está, Kent!

Denning la contempló interesadamente. Ella pronunció un nombre:

—Rocky Mintle, Kent.

—Mintle... —repitió Denning—. Le recuerdo. Sí, claro, tuvo que ser él..., y aun así, se vio obligado a ponerse de puntillas para atar el lazo.

—Pero no lo puedo probar —dijo ella desanimadamente.

—Siempre la misma canción —dijo Denning—. Por falta de pruebas... pero le juro que las encontraré.

Edwina sonrió.

—Admiro su fe, Kent —dijo—. ¿Siempre pone en sus empresas el mismo empeño que en esta?

Denning la miró fijamente.

—Depende del interés que tenga esa empresa para mí —

contestó.

De pronto, sonó el teléfono.

—Dispénseme —murmuró el ex sargento.

Se acercó al aparato y lo llevó a su oreja.

—Habla Denning —anunció.

—Soy Gale. Kent, esta noche, en mi camerino.

—Entendido.

No hubo más. Denning colgó el aparato, sabedor de que Gale había conseguido informes interesantes.

Se volvió hacia Edwina y sonrió.

—Perdone la interrupción —dijo—, Estábamos hablando del afán que pongo en mis empresas... las que me interesan, por supuesto.

—¿Hay alguna que le interesa más, aparte de esta en que se halla comprometido? —preguntó la joven maliciosamente.

—Si se lo digo, sabría tanto como yo, Edwina —respondió él con una brillante sonrisa en los labios.

Ella se ruborizó.

—No soy curiosa —dijo.

—Entonces no sirve para periodista. Un periodista debe ser siempre curioso.

—Bueno, yo me refería a... —De pronto, se puso en pie—. Tengo que irme, Kent.

Denning la acompañó hasta la puerta.

—Es una lástima que no podamos vernos más a menudo —dijo.

—Usted ya conoce mi horario aproximado. ¿Es que he de continuar viniendo yo siempre a su habitación del hotel?

—¡Pero si ni siquiera sé dónde vive ni su número de teléfono! —exclamó Denning.

—Es cierto —dijo Edwina. Abrió su bolso y extrajo una tarjeta—. Ahí tiene todo lo que le hace falta en este sentido.

Denning sujetó la tarjeta con dos dedos.

—Utilizaré los datos contenidos en ella —sonrió.

—De acuerdo —contestó Edwina, dirigiéndole una mirada de simpatía.

Momentos después la joven estaba en la calle.

Caminó sin demasiadas prisas. Además, en *Gauntville* las distancias no eran exageradamente largas y, por otra parte, le

gustaba hacer ejercicio siempre que podía.

Edwina estaba muy abstraída en sus problemas. Por dicha razón no se dio cuenta de que detrás de ella caminaba un individuo que seguía furtiva y puntualmente todos sus pasos.

* * *

Denning entró en el camerino de Gale Helgaard utilizando el mismo procedimiento de la vez anterior. La cantante estaba actuando y él aguardó pacientemente su regreso.

Gale apareció un cuarto de hora más tarde. Un suspiro de alivio se escapó de sus labios al ver a Denning.

—Creí que no vendría —dijo, tendiéndole ambas manos.

—No hubiera faltado por nada del mundo —contestó Denning—. ¿Ha descubierto algo interesante?

—Creo que sí. Logré sorprender una conversación entre Winks y Johnny Teane.

—El encargado oficial del Haffreys.

—Sí, el mismo. Estaban en el despacho... Winks le preguntó a Teane por las existencias de «nieve». Teane contestó que había para una buena temporada... ¿No le llaman «nieve» a la cocaína?

—Sí, en efecto. ¿Qué más, Gale?

—Luego, Winks dijo algo de la seguridad y Teane le contestó que no habría problemas, que, en el peor de los casos, la policía no encontraría jamás los paquetes de «nieve», a menos que derribaran el local. —El pecho de Gale se dilató al llenarse de aire los pulmones—. La droga está detrás de uno de los paneles del despacho. La pared está forrada de madera hasta la altura de un hombre, más o menos.

—¿Conoce usted ese panel? —preguntó Denning.

—No exactamente, pero Teane lo señaló con unos golpecitos de sus nudillos, como ufanándose de un escondite muy seguro. Aunque no pude verlo, me pareció que los golpes sonaban hacia la derecha de su mesa de trabajo.

—No es mala indicación —aprobó el ex sargento—. Gracias por sus informes, Gale.

Ella le miró ansiosamente.

—¿Qué va a hacer usted ahora, Ken? —preguntó.

—¿Suele venir gente a su camerino?

—No. No lo permito nunca.

—Entonces, me quedaré aquí.

Gale le señaló el ropero.

—En caso de apuro, escóndase ahí —dijo.

Denning sonrió.

—Gracias por su colaboración, Gale. Un día podrá hacerse pública...

—No me interesa la publicidad —dijo ella, con ojos centelleantes—. Usted ya conoce mis propósitos.

Denning tomó una de sus manos y la palmeó suavemente.

—Sí, Gate. Quede tranquila; un día, Baron se encontrará en el banquillo de los acusados. Y ese día, existirán pruebas que permitan condenarle sin remisión.

* * *

Ray Baron examinó críticamente la ceniza de su cigarro habano y luego miró a Winks de soslayo.

—De modo que la periodista ha entrado en el hotel —dijo.

—Sí. Los informes de Hannis al respecto son concluyentes.

—Fue a visitar a Denning, no hay duda.

—Indiscutiblemente.

Baron guardó silencio unos momentos.

—Esa chica no puede hacernos demasiado daño. Está en Sociales y ello no le permite salirse de la raya. Pero conviene tenerla bajo vigilancia en todo momento, ¿entendido?

—Bien, jefe.

—Y si advertimos que se extralimita, la enviaré a paseo.

—Resultaría un perjuicio para el periódico —dijo el secretario—. Consiguió darle un aire nuevo a la sección de Sociales y eso ha significado más lectores.

Baron meneó la cabeza.

—El que ocupase su puesto, seguiría la misma rutina y no se notaría su ausencia —dijo—. ¿Qué noticias hay de Mulligan?

—Ninguna, jefe. Diríase que se lo ha tragado la tierra.

Baron torció el gesto.

—Sintió miedo y escapó de la ciudad. Bien, si se le ocurre

volver, échalo a patadas, ¿estamos?

—Sí, señor Baron.

—Eso es todo por ahora, Hatt.

Baron se levantó y abandonó el despacho. Cruzó una serie de habitaciones y entró en un dormitorio lujosamente decorado.

Cherry Minette estaba sentada ante el espejo, cepillándose el pelo. Baron se acercó a la joven, se inclinó y la besó en el lado izquierdo del cuello.

Cherry se estremeció, pero no dijo nada.

—Estás muy guapa —murmuró él, asiéndola suavemente por los hombros.

—Sí —contestó Cherry lacónicamente.

—Me gustas más con el pelo suelto que no con uno de esos peinados tan complicados, a los que eres tan aficionada. Las mujeres resultan así más atractivas.

—Bueno, como quieras.

Baron frunció el ceño.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Estás enojada conmigo?

Cherry lanzó el cepillo del pelo sobre la mesita del tocador.

—No; estoy nerviosa, simplemente —contestó, a la vez que se ponía en pie.

Baron la agarró por un brazo y la hizo girar en redondo.

—¡Contesta! —exigió—. Hace días que te noto bastante rara. ¿Qué diablos te pasa? ¿No tienes todo lo que se te antoja? Lujos, pieles, vestidos caros, joyas...

—¡Suéltame! —pidió ella con voz tensa—. Me estás haciendo daño...

—Tienes que darme una explicación —pidió Baron con acento colérico—. Hace unos cuantos días que lo noto... Ah, ya lo entiendo. Se trata del sargento, ¿no?

Cherry se mordió los labios.

—Prefiero no contestar —dijo.

—Es lo mismo.

De súbito, Baron alzó la mano y descargó una tremenda bofetada sobre el rostro de la joven, derribándola al suelo fulminantemente.

Cherry lanzó un grito. Desde el suelo, miró aterrada a Baron. El aspecto del individuo era espantoso.

Baron la apuntó con el índice.

—Escucha bien esto que te voy a decir —habló con voz cortante—. He estado pagándote durante años todos tus caprichos. Jamás te he negado nada que me pidieras y nunca pudiste soñar con una existencia tan regalada como la que llevas actualmente. Pero si intentas dejarme, si tratas de volver con ese estúpido, cuenta con que destruiré lo único que realmente posees.

Baron parecía haber enloquecido. Sus ojos brillaban demencialmente.

—Eres una mujer hermosa —dijo—, pero cuando termine contigo, si intentas engañarme, te habré convertido en una piltrafa, cuya sola visión hará vomitar a todo el que ponga sus ojos sobre ti. ¿Me has entendido?

Cherry no se atrevió a contestar. Tenía un miedo espantoso de que Baron pudiera llevar sus amenazas a la práctica.

Había llegado a conocerle bien y sabía que era capaz de cumplir, personalmente, cuanto acababa de decirle.

CAPÍTULO XI

La madera que recubría parcialmente la pared del despacho era de color claro, dividida en paneles cuadrados de forma sencilla, pero elegante. Era evidente que un hábil decorador había intervenido en la elaboración del conjunto y a causa de ello, el despacho del gerente del Haffreys presentaba un aspecto singularmente atractivo.

A Kent Denning, sin embargo, no le interesaba la decoración. En silencio se acercó a la pared y empezó a tantear suavemente en los cuadrados de madera, cada uno de los cuales medía cincuenta centímetros de lado.

Al cabo de unos momentos, creyó escuchar sonido a hueco. Repitió los golpes y confirmó sus suposiciones. Tanteó cuidadosamente el panel, haciendo presión con los dedos en diferentes puntos de las molduras. De pronto oyó un ligero chasquido.

El cuadrado de madera giró a un lado, dejando al descubierto un espacioso hueco, en cuyo interior vio Denning varias cajitas de forma oblonga.

Abrió una de las cajas. Estaba llena de sobres de pequeño tamaño, ligeramente abultados. Sacó uno, lo abrió y vertió parte de su contenido en la palma de la mano.

Acercó la lengua y probó la droga. Conocía su sabor; en Berlín, cuando actuaba en la Policía Militar, había tenido ocasión de realizar más de una vez un experimento semejante.

Volvió el polvillo blanco a su sitio y luego dejó todo tal como estaba. Había allí, calculó, más de un millón de dólares en drogas.

Cerró el papel y se acercó a la mesa. Levantó el teléfono y marcó un número.

Hubo de transcurrir casi un minuto, antes de que oyera una voz

masculina al otro lado del teléfono.

—¿Quién es? —preguntó Tilford con voz soñolienta.

—Denning. Justin, perdona que te haya arrancado de la cama tan temprano, pero tengo una buena noticia que darte.

—Siendo así, no importa —contestó el fiscal—. Adelante, Kent.

—¿Te gustaría asestar un buen golpe a Baron?

—¡Hombre! Eso ni se pregunta, Kent. Si tú tuvieras que dormir con el brazo escayolado por su culpa...

Denning sonrió.

—Agárrate, Justin. Estoy en el despacho privado de Teane, el *manager* oficial del Haffreys.

—¡Rayos! —exclamó el fiscal—. ¿Qué haces ahí?

—He encontrado más de un millón de dólares en drogas. ¿Qué te parece la noticia?

—Impresionante, si es cierta.

—Certísima, Justin. Conozco el sabor de la «nieve» ¿entiendes?

—Sí. ¿Dónde está?

Denning se volvió un instante y dirigió una mirada hacia la pared.

—A la derecha de la mesa de Teane. Cuenta tres paneles cuadrados a partir de su sillón, y otros tres a partir del suelo. Luego, en la moldura de la derecha de el panel, a cinco centímetros del ángulo superior, encontrarás el resorte de apertura. El resto es tuyo, Justin.

—Descuida, Kent. Pero, ¿cómo demonios lo has averiguado?

—Tengo mis métodos —sonrió Denning—. ¿Cuándo vas a venir a por la droga?

Tilford reflexione unos momentos.

—Haré las cosas en regla, para que no haya dudas. Si fuese ahora, dirían que era un amaño. Pediré un mandamiento judicial y acudiré con el capitán Henderson. El registro se hará en toda regla, para que no haya dudas.

—Muy bien. Baron recibirá un buen golpe, Justin.

—Pero no el definitivo —se lamentó el fiscal—. El Haffreys figura a nombre de Teane como propietario.

—Es un hombre de paja. Baron acusará la pérdida de más de un millón de dólares y, me imagino, la clausura del Haffreys.

—Sobre eso no queda la menor duda. Gracias, Kent.

Denning colgó el teléfono y sonrió. Sí, Baron recibiría un buen golpe.

Sería divertido leer la noticia publicada en el *Herald*. Y no le quedaría otro remedio que permitir la publicación, porque el telégrafo la esparciría por todas partes y había otros muchos periódicos y emisoras de radio y de televisión que no eran propiedad de Baron.

* * *

Johnny Teane, el *manager* de la sala de fiestas, se sorprendió muchísimo, cuando uno de sus secuaces le anunció la visita del fiscal.

—¿Qué diablos querrá ese pajarraco aquí? —masculó—. Está bien; hazle pasar.

Tilford entró momentos después, precedido de la armadura que sujetaba su brazo fracturado. Detrás de él, entraron el capitán Henderson y dos agentes de uniforme.

Teane se puso en pie.

—¿Puedo servirle en algo, fiscal? —preguntó untuosamente.

Tilford arrojó sobre la mesa un papel doblado.

—Léalo —dijo—. Es un mandamiento que me autoriza a registrar su local desde el tejado a los cimientos.

—Todo aquí es legal —dijo Teane—. No tenemos nada de qué acusarnos...

Tilford no le hizo caso.

—Empiecen el registro —ordenó.

Henderson y sus hombres comenzaron a actuar. La cara de Teane se volvió gris cuando, después de unos minutos de comedia, Henderson presionó un resorte y el trozo de panel giró a un lado.

Las cajas con los sobres de droga salieron a la luz. Tilford miró duramente al rufián.

—Teane, queda detenido por tenencia de drogas prohibidas —anunció.

Henderson avanzó hacia él, con las esposas en la mano. Teane se desmoronó.

—Yo... no lo sabía —gimió.

—Y por supuesto, el local quedará clausurado a partir de este

momento —dijo el fiscal—. Henderson, usted se encargará de ello.

—Con muchísimo gusto, señor —contestó el oficial de policía, a la vez que empujaba al prisionero hacia uno de los agentes—. Llévelo a Jefatura, Sheldon.

—Sí, capitán.

Tilford dirigió una mirada hacia las cajas repletas de droga.

—Abrigo la esperanza de que esto signifique para Baron el principio del fin —dijo.

—Amén... —contestó el capitán Henderson fervorosamente.

* * *

Con la sonrisa en los labios, Kent Denning se acercó a la barra y se sentó en un taburete contiguo al que ocupaba la periodista.

—Hola, Edwina —saludó—. ¿Leyendo las últimas informaciones?

Ella tenía en la mano un ejemplar del *Herald*, recién salido a la calle.

—Viene muy «caliente» —sonrió, señalándole los titulares de la primera plana.

—Desde luego. Casi millón y medio de dólares en drogas hacen arder todas las imaginaciones.

Edwina le miró intencionadamente.

—Apostaría a que usted ha tenido algo que ver con ese hallazgo de drogas —dijo.

Denning hizo un gesto ambiguo.

—Quizá —contestó.

—Un día me lo contará todo —sonrió la muchacha. Volvió a señalar el periódico—. Esta vez, no les ha quedado más remedio que dar la noticia. Naturalmente, sin citar a Baron para nada, aunque todo el mundo sabe que él es el verdadero propietario del Haffreys.

—Sí, pero el que cargará con las culpas será Teane.

—¿Y quién sabe si también Baron? Cuando se encuentra un cargamento de drogas valorado a ojo en millón y medio, el F. B. I. suele meter inmediatamente las narices. Y a los federales los tipos como Baron les importan muy poco.

—Vendrán algunos agentes, en efecto, pero Tilford se basta y se

sobra para inculpar a Teane.

—Acaso este hable, con la esperanza de atenuar su condena.

—Es posible. De todas formas, la pérdida de la droga y el cierre del Haffreys representarán un duro golpe para Baron.

—Empieza a desquitarse, ¿eh?

Denning meneó la cabeza.

—Usted sabe bien que no se trata de un desquite, Edwina.

—Sí, desde luego. —Ella se quedó pensativa unos momentos y luego añadió—: Me parece que esto es el principio del fin para Baron.

—Todavía queda un largo trecho por andar —dijo él. Consultó la hora—. ¿Tiene algo que hacer a la noche Edwina?

—No. ¿Por qué me lo pregunta, Kent?

—¿Le gustaría ver algo interesante?

—¿De qué se trata?

—Espere a que den las diez de la noche. Vendré a este mismo sitio a recogerla. ¿Le parece bien?

—De acuerdo, Kent.

Denning fue puntual. Llegó en un coche que había alquilado días atrás y la joven embarcó inmediatamente.

Edwina se sorprendió muchísimo al ver que Denning, detenía su coche en la trasera del edificio del *Blade*.

—¿Para qué me trae aquí, Kent? —inquirió aprensivamente.

—No tenga miedo —sonrió él—. Venga conmigo y lo verá.

Denning se dirigió a continuación a la trasera del auto y, tras levantar la tapa del baúl, extrajo un saquete. Luego se dirigió a la puerta posterior del edificio.

—Sígame, Edwina. Pronto podré satisfacer su curiosidad.

La muchacha accedió, enormemente intrigada. Minutos más tarde, contemplaba al prisionero.

—¿Cuándo diablos me van a sacar de aquí? —preguntó Mulligan de mal talante.

—Aún no es tiempo —contestó Denning—. ¿Sabes? El Haffreys está clausurado y Teane encerrado. Encontraron en su despacho drogas por valor de casi millón y medio de dólares.

Mulligan se quedó atónito. El saquete cayó de lo alto antes de que hubiese podido reaccionar.

Después de cerrar la trampa del sótano, Denning se volvió hacia

la muchacha.

Mulligan estará aquí hasta el momento en que deba ir para declarar, sin posibilidades de que luego, en el juicio, pueda volverse atrás.

—Entiendo... —dijo ella, profundamente impresionada—. Pero, ¿cómo logró traerlo hasta aquí?

Denning agarró el brazo de la joven y la condujo hasta la salida.

—Venga conmigo; se lo contaré por el camino —replicó.

* * *

Oculto a prudente distancia, Grey Hannis vio a la pareja desaparecer en el interior del edificio y salir antes de media hora. Denning y Edwina subieron al coche y se alejaron inmediatamente.

Hannis había visto al exsargento con un saquete en la mano. Se preguntó por el contenido del saquete. Podía guardar algo interesante, calculó.

Vaciló durante unos momentos. Luego se dijo que el seguimiento de Edwina no ofrecía demasiado interés por aquella noche. A Baron le gustaría saber más los motivos que habían llevado a la pareja al abandonado edificio del *Gauntville Blade*.

Regresó a su coche y extrajo una linterna de la guantera. Con ella en la mano, se dirigió hacia el edificio.

Momentos después, entraba en la estancia donde había sido asesinado el dueño del *Blade*. Hannis paseó por todas partes el haz de rayos de su linterna, sin encontrar nada de particular.

Avanzó lentamente. De pronto, tropezó con una silla y la tiró al suelo.

La silla hizo ruido al caer. Hannis la levantó de nuevo, maldiciendo en silencio su descuido. De pronto le pareció oír unos golpes que sonaban en el suelo de alguna habitación cercana.

Sintió un escalofrío. Lo primero que se le ocurrió fue pensar en que el alma del viejo periodista se paseaba por sus antiguos dominios.

—Pero los fantasmas no existen —masculló.

Los golpes se repitieron. Siguiendo la dirección de donde parecían provenir, Hannis abrió una puerta.

—¿Hay alguien aquí? —gritó.

Una voz, que parecía brotar de las entrañas de tierra, le dio la respuesta en el acto:

—Estoy en el sótano. Soy Mulligan. Sáqueme de aquí quienquiera que sea...

Hannis se precipitó sobre la trampa y la abrió, los ojos de Mulligan le contemplaron con expresión de infinito asombro.

—¡Grey! —exclamó el prisionero.

—¡Rayos! Si es... Mulligan...

—El mismo —gruñó el prisionero—. Vamos, no te quedes ahí como un poste y ayúdame a salir de este sótano, maldita sea.

CAPÍTULO XII

El aspecto de Mulligan no podía ser más lastimoso. Tenía una barba de una semana, estaba sucio y despeinado y sus ropas aparecían arrugadas por completo. En los días de encierro, su piel había adquirido un tono lívido, nada agradable de contemplar.

—De modo que Grundig y ese maldito ex sargento te atraparon y te encerraron en el sótano —dijo Baron, tras escuchar el relato de la odisea sufrida por su esbirro.

—Así es, señor Baron. Cuando aquel condenado viejo empezó a tiros con nosotros...

—Basta —cortó Baron imperativamente—. No me repitas la historia.

Hubo una pausa de silencio. Winks, al lado de su jefe, le contemplaba con aire especulativo.

—Hatt —dijo Baron de pronto—, es preciso deshacerse de ese maldito ex sargento.

—Sí, señor Baron.

—Le he tolerado muchas cosas. Pero no puedo perdonarle la pérdida del Haffreys... y lo que había allí, ¿estamos?

—Desde luego.

—Esa mosquita muerta— del *Herald* me servirá para atraerle a mi casa. Hatt, ¿qué te parece la idea?

—Excelente, señor Baron. Por lo que hemos podido saber, ella y Denning están en magníficas relaciones. Lo cual sirve a nuest... ¡ejem! a sus proyectos, señor Baron —dijo el secretario untuosamente.

—Muy bien —aprobo Baron—. Yo ya te he dado la idea para atraer al sargento. La forma en que haya de hacerse, queda a tu albedrío.

—Descuide, señor Baron, Edwina Thorren no tardará ni veinticuatro horas en estar en su casa.

—Podría llamarla yo por teléfono, pero recelaría y, estoy seguro, consultaría antes con Denning. Este le diría que no viniese, así que...

—Así que es preciso convencerla de que venga —dijo Winks, sonriendo con expresión sibilina.

—Justamente. Y después nos encargaremos de que desaparezcan los dos. Denning, por las molestias que nos ha dado, y ella, por lo que pudiera saber.

—Lo mismo pienso yo, señor Baron. ¿Algo más?

Baron sacudió la cabeza.

—Eso es todo, Hatt. Vosotros —se dirigió a los pandilleros, que estaban a un lado—, esperad a que Hatt os diga lo que tenéis que hacer.

Un vivo centelleo surgió de pronto en los ojos del que era considerado como dueño de la ciudad.

Mulligan y Hannis asintieron. El primero, sobre todo, se sentía muy contento, no solo de verse libre, sino de no haber recibido ninguna reprimenda de su jefe. Y por nada del mundo le hubiera dicho que alguien tenía una declaración suya, firmada, con todos los detalles del asalto al periódico.

Si Baron llegaba a enterarse, le pegaría cuatro tiros sin el menor escrúpulo, se dijo, conteniendo un escalofrío de pánico, ante la sola idea de que aquel documento pudiera surgir a la luz.

Pero Abe Grundig había muerto y no había cuidado de que nadie pudiera leer sus declaraciones.

* * *

Kent Denning llamó a la puerta y esperó unos momentos. Gale abrió antes de transcurrido medio minuto.

—¡Kent! —exclamó la hermosa joven, tendiéndole ambas manos—. ¡Cuánto me alegro de que haya venido! Pensaba llamarle yo para despedirme de usted...

Denning cruzó el umbral y vio un par de maletas a medio hacer.

—¿Se marcha de *Gauntville*, Gale? —preguntó.

Ella sonrió.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? El Haffreys ha sido clausurado por tiempo indefinido y yo he conseguido del abogado de Teane

que me cancelase el contrato. No ha puesto objeción alguna, puesto que, incluso, podría haberles demandado, pero la cosa quedó en un arreglo honorable.

—Hay otras salas de fiestas —sugirió Denning.

—No, gracias, ya he pasado demasiado tiempo en *Gauntville*.

—Creía que quería asistir a la derrota de Baron —dijo el joven.

Gale dejó de sonreír repentinamente.

—No es eso, Kent —respondió, ruborizada súbitamente.

Denning creyó comprender.

—Gale, yo...

Ella le cogió por un brazo y le dirigió una sonrisa llena de simpatía.

—Lo sé, Kent —dijo—. Usted es demasiado noble para —la ficción. A ella le tengo mucha envidia, créame.

Denning se sorprendió.

—¿Cómo sabe?

—En el Haffreys se oían muchas cosas, recuérdelo —contestó.

—Entiendo. Gale, le deseo muchos éxitos —dijo Denning.

—Gracias. Fue... casi un sueño. Me hubiese gustado que hubiera tomado forma más concreta, pero ha sido otra la afortunada y no me quejo.

—Todavía no le he dicho nada, Gale.

—No tardará mucho —profetizó la cantante. Se acercó a Denning y le besó suavemente en una mejilla—. Les deseo mucha suerte. Usted ha conseguido que yo haya podido ver el principio de la derrota de Baron. Ya me enteraré del resto por los periódicos.

—Será sonado —aseguró Denning—. Gale, buen viaje y buena suerte.

—Gracias, Kent.

Denning abandonó el piso con cierto regusto melancólico derivado de la despedida. Gale era una mujer hermosa, ciertamente, pero no se había sentido inclinado hacia ella.

Tal vez, de no haber conocido a Edwina Thorren

Inspiró con fuerza y avivó el paso. Ahora tenía otros motivos para luchar contra Baron.

Porque no podía permitir que un sanguinario individuo perturbase su futuro... el futuro que Denning preveía junto a Edwina.

Rocky Montle era un sujeto muy alto y nada flojo, pero tenía la desventaja de no cultivar sus músculos y fiar exclusivamente en su pistola. Además, no se esperaba el ataque por la espalda.

El brazo que se ciñó repentinamente en torno a su cuello, le cortó la respiración y el habla. Una rodilla se le clavó en los riñones y una mano le desposeyó de la pistola, que fue a parar entre unos parterres del jardín de la residencia de Baron.

Una voz dijo a su oído:

—Mintle, eres un tipo muy alto, casi diez centímetros más alto que yo. ¿No sabes por qué te digo esto?

El forajido hizo un esfuerzo por soltarse, pero no sabía que Kent Denning tenía una larga experiencia en reducir a todo género de recalcitrantes, borrachos, alborotadores y pependieros. Un aumento de la presión en su garganta fue suficiente para hacerle desistir en el acto de sus intentos.

—Abe Grundig apareció ahorcado —siguió Denning—. Oficialmente, se dijo que fue un suicidio, pero lo asesinaron. El fiscal Tilford y la policía han admitido, por el momento, la tesis del suicidio, pero saben perfectamente que se trató de un crimen.

»Grundig no habría podido atar nunca el otro extremo de la soga al gancho sujeto en el techo. Él no alcanzaba desde la silla y no había allí ninguna escalera. Atar la cuerda al gancho es algo que solo pudo ser efectuado por un sujeto de elevada estatura, cuyas manos alcanzasen a hacer el nudo, subido sobre la silla en que luego fueron colocados los pies de Grundig.

»Naturalmente, hay una persona en *Gauntville* a la que interesaba la muerte del periodista, pero esa persona no iba a cometer el crimen por sí, sino que lo encomendó a sus rufianes. Y el que ató la cuerda era un tipo alto, muy alto... como tú, Rocky Mintle.

Denning había hablado muy bajo, de modo que solo el prisionero pudo oírle. Mintle se aterró.

Lo que Denning decía era absolutamente cierto. Y la policía y el fiscal lo sabían. Pensar en los pataleos de Grundig cuando quedó colgado por el cuello, pensar que podía verse en la misma situación, le hizo sentir un pánico tan horroroso, que las piernas casi se negaron sostenerle.

De pronto, sintió un fuerte golpe en la sien. Aunque, no perdió el conocimiento, se quedó sin fuerzas. Denning pudo arrastrarlo con relativa facilidad hasta el auto en cuyo asiento posterior lo depositó, tras haberle atado de pies y manos.

Un cuarto de hora más tarde, Denning detenía vehículo en la parte posterior del edificio del *Blade*. Desató los pies de su prisionero y le hizo salir del coche.

—Camina —ordenó, agarrándole por un hombro.

Mintle intentó revolverse, pero una pistola apareció repentinamente junto a su pómulo derecho.

—Cuidadito o te vuelo la cabeza —dijo Denning amenazadoramente.

Entraron en el edificio. Denning dio la luz y guio a su prisionero hasta el cuartito que daba al sótano.

Al abrir la puerta vio la trampilla levantada.

Durante unos segundos, sintió un nudo en el estómago.

¿Quién había estado allí? ¿Cómo habían averiguado, que Mulligan estaba prisionero en el sótano?

De pronto lo comprendió todo. Había ido con Edwina y alguien había seguido a la muchacha. ¿Cómo, había podido ser tan descuidado?

Su cerebro funcionó velozmente. Era fácil imaginar saber que Baron conocía ya la noticia. Mulligan habría ido a comunicársela, seguramente en unión de su libertador y...

Pero todavía tenía algunas cartas en la mano. Mir debía quedar allí; era una baza importante en el juego mortal que había entablado con el dueño de la ciudad.

Agarrándolo por un brazo, lo sacó a la oficina y hizo sentar en una silla, ante la ya polvorienta mesa de despacho del difunto Grundig.

Descolgó el teléfono con la mano izquierda, mientras la boca de su pistola continuaba inexorablemente apoyada en la cabeza del prisionero.

—Mintle, ahora mismo vas a hablar con tu jefe —ordenó—. Le dirás, y no emplees ningún truco o te mataré aquí mismo, le dirás, repito, que te marchas de la ciudad una temporada, que después de la clausura del Haffreys las cosas se han puesto feas y que consideras conveniente tomarte unas vacaciones. Todo eso le dirás,

si quieres tener una mínima probabilidad de vivir. ¿Has entendido?

Mintle asintió pesadamente. Había llegado a un punto tal, que le hacía pensar que cualquier cosa era preferible a perder la vida.

Minutos después, Denning empujaba a su prisionero hacia el sótano.

Ahí estarás hasta que yo lo crea conveniente —le anunció con frialdad—. Tomaste parte activa en el asesinato de Grundig, pero tal vez el tribunal sea Benevolente contigo cuando, en el juicio, lo cuentes todo.

La trampa se cerró de golpe. Denning pasó el cerrojo. Ahora ya no vendrían a buscar a Mintle, creyéndole fuera de la ciudad.

Y Mintle hablaría para salvar el cuello, se dijo, estaba seguro de que lo diría todo.

Luego corrió hacia el teléfono.

Era preciso avisar a Edwina de la escapatoria de Mulligan y advertirle que desapareciese de la ciudad por una temporada. Baron sabía ya su intervención en el asunto y con su implacabilidad hacia sus enemigos, no dejaría de tomar represalias contra la muchacha.

CAPÍTULO XIII

Edwina se dirigió hacia la puerta de su apartamento. Antes de salir, sin embargo, se detuvo ante un gran sol dorado, con un espejo en el centro, y se atusó ligeramente los cabellos. Comprobó que el maquillaje había sido bien realizado, giró hacia su izquierda, se acercó a la puerta y la abrió.

Hatt Winks se quitó cortésmente el sombrero. Junto a él, un poco más rezagado, estaba Grey Hannis.

—¿Señorita Thorren? —dijo Winks.

—Sí... —contestó ella, muy pálida.

—Me llamo Winks y soy secretario personal del señor Baron —dijo el individuo—. El señor Baron está al corriente de sus trabajos en el *Herald* y se siente muy satisfecho de la manera en, que lleva usted la sección de Sociales.

—Si —dijo Edwina, débilmente.

—El señor Baron se ha dado cuenta de sus dotes periodísticas y desea conversar con usted, acerca de una nueva sección en el periódico, sección de la cual podría encargarse usted. El señor Baron la está esperando en su casa, señorita Thorren.

Edwina miró a los dos individuos. No era una invitación a acudir a la residencia de Baron, sino un secuestro.

Intentó fingir que no se daba cuenta de las intenciones de los dos sujetos y sonrió.

—Me siento muy halagada —contestó—, pero en el momento actual me es imposible atender la invitación del señor Baron. Tengo ya un compromiso adquirido con anterioridad...

—Deberá posponer el compromiso —dijo Winks melosamente.

—Pero...

—La persona con la cual está citada sabrá comprender, señorita Thorren. Tengo abajo un coche...

Edwina entendió que no podía negarse. Sí no accedía de grado, iría por la fuerza.

—Muy bien —dijo—, pero, al menos, deje que cancele mi compromiso. Telefonaré y...

La mano de Winks se acercó a su brazo.

—Ya telefonará desde la residencia del señor Baron —dijo—. Venga, se lo ruego.

Edwina se sintió tentada de gritar pidiendo socorro, pero se dijo que con ello no conseguiría nada. En el mejor de los casos, ¿cómo demostraría que se trataba de un secuestro?

No había violencias, no había ¡sufrido daño alguno, quien la llamaba era Baron, el dueño del periódico... La tesis del secuestro se derrumbaría inmediatamente.

Abrumada por una horrible sensación de impotencia, se dejó llevar hasta el ascensor, sin tratar ya de resistirse.

Sabía que cualquier esfuerzo en tal sentido era inútil.

* * *

El teléfono sonó largamente, sin que nadie lo levantase para contestar. Helado de horror, Denning volvió el aparato de nuevo a la horquilla.

Edwina no había sido vista en el periódico. Tampoco estaba en su casa.

Sólo podía hallarse en un lugar: en la residencia de Baron.

Pero el joven quiso aferrarse todavía a una última esperanza.

¿Y sí, como otras veces, había ido a visitarle al hotel?

Abandonó el edificio del *Blade* y corrió hacia el auto. Diez minutos más tarde, abrió la puerta de su habitación.

Inspiró con fuerza. Edwina no estaba allí.

Ahora ya no cabía la menor duda: tras enterarse de que Mulligan había permanecido largos días encerrado y que ella lo sabía, Baron la había secuestrado y la tenía en su casa.

Un medio muy clásico de atraer a un enemigo, tomando como rehén a una persona querida.

Medio clásico, sí, pero no por ello menos eficaz.

El teléfono estalló de pronto en un furioso timbrazo. Denning corrió hacia el aparato.

—Habla Denning —anunció con voz tensa.

—Hola, sargento —dijo un hombre al otro lado del hilo—. He estado llamándole desde hace bastante rato, sin recibir contestación. ¿Estaba usted ocupado?

—Sí, estaba trabajando.

—¿De veras? Yo creía que era usted un tipo sin empleo, Denning.

—Quiero decir que trabajaba en minarle el terreno bajo sus pies. Baron. En este momento, los tiene usted apoyados en algo más frágil que la silla en que se apoyaron los pies de Grundig.

—Pobre viejo —dijo Baron, con falsa compasión—. No pudo resistir sus contrariedades y se suicidó.

—Grundig fue asesinado —contestó Denning con voz firme—, y Mintle fue el tipo que lo ahorcó.

Baron apretó los dientes. Precisamente, no hacía mucho que Mintle le había llamado para decirle que se iba de la ciudad.

—¿Quién le ha contado semejante insensatez? —preguntó.

—El sentido común, amigo. Grundig era demasiado bajo y no llegaba al gancho del que se colgó, encaramado en una simple silla. Hubiera tenido que utilizar una escalera... pero no apareció ninguna en el lugar donde fue hallado muerto.

Baron lanzó una maldición en voz baja. ¿Cómo habían podido ser tan tontos y cometer un error semejante?

Alguien tendría que pagarlo, se dijo. Luego alzó la voz:

—Es posible —habló en tono casual—. De todas formas, yo no era el único enemigo del viejo.

—Quizá, pero no se tardará mucho en saber quién dio la orden de asesinar a Grundig. Y esta vez, no podrá usted emplear el socorrido recurso de «por falta de pruebas», ¿me ha entendido?

—¿Las encontrará usted? —se burló Baron—. Bien, dejémonos ya de discusiones estériles. Venga a casa. Le estoy esperando.

—Lo dice en tono del que da una orden, porque tiene ahí a Edwina Thorren, ¿no es cierto?

—Es usted terriblemente listo, Denning. No sé por qué no se puso usted a mí lado desde el primer momento. ¡Habría progresado tanto!

—Me gusta comer y retener la comida en el estómago —contestó Denning mordazmente—. Trabajando para usted, habría vomitado

tres veces al día: una por comida,

Baron soltó una maldición.

—Bueno, bueno, déjese de comentarios insultantes... —dijo—. Ya sabe quién está aquí. Usted no querrá que sufra ningún daño, ¿verdad?

—Es posible que esta noche sienta usted lo que siente un pollito cuando le retuercen el pescuezo, porque si ella sufre el menor daño, le estrangularé yo con mis propias manos —concluyó Denning con acento tajante.

* * *

Baron colgó el teléfono y dirigió una furiosa mirada a su secretario.

—¡Idiota! ¡Maldito estúpido! —le apostrofó.

Winks se quedó atónito.

—Pero, jefe...

—Condenado imbécil. Denning sabe ya que el viejo periodista no se suicidó, sino que alguien le ahorcó... ¿Cómo pudisteis cometer un error semejante?

—No veo el error por ninguna parte...

—¿Qué no? ¿Quién ató la cuerda al techo? Grundig no fue; tendría que haber utilizado una escalera, porque era un tipo de baja estatura..., y en el sitio donde murió no había ninguna escalera. ¿Lo comprendes ahora, especie de imbécil?

Winks se aterró.

Baron tenía razón. Era un detalle que habían pasado por alto.

Pero, ¿quién diablos iba a pensar que...?

Baron agitó una mano.

—Luego discutiremos ese asunto —dijo—. Denning va a venir. No quiero sorpresas de ninguna clase.

—Cuenta con ello, jefe —contestó Winks, hinchando el pecho.

—¿Quiénes están ahora en la casa, aparte de nosotros dos y de las mujeres?

—Hannis, Sands y Mulligan. Shaffer está aún en el hospital, lo mismo que Reagan.

Baron torció el gesto. Aquel maldito entrometido le había privado de dos de sus colaboradores más eficaces.

—De todas formas —dijo—, no importa. Somos cinco; podremos derrotarle con facilidad. Tú y los otros os quedaréis en el jardín, vigilando. En cuanto venga, le desarmáis y le lleváis a mí despacho. ¿Entendido?

—Descuide, jefe. Cuente con que Denning no llegará vivo a mañana.

Winks abandonó el despacho. Baron encendió un cigarro y aspiró el humo con gesto complacido.

Aquella noche, por fin, se acabarían todas sus preocupaciones.

* * *

Edwina Thorren se paseó nerviosamente por la habitación.

Estaba sola, pero no intentó escapar; suponía que debía de estar muy vigilada.

La habitación se hallaba situada en el piso superior. Su altura era excesiva para saltar por la ventana sin peligro de fracturarse una pierna, máxime cuando ella carecía de experiencia alguna en tales ejercicios.

Debía ser paciente. Ya llegaría el momento adecuado. Además, tenía la seguridad de que Denning no dejaría de hacer lo imposible por salvarla.

Sentía un poco de calor y se quitó la chaqueta del traje, quedando con la blusa de seda blanca y la falda. De pronto, oyó ruido en la puerta.

Una mujer entró en la habitación. Aunque no había tenido relación con ella, Edwina la reconoció en el acto.

—Usted es la periodista —dijo Cherry Minette.

—Sí —contestó Edwina serenamente.

Cherry la estudió con ojo crítico, recorriendo con la vista su cuerpo de los pies a la cabeza.

—Es usted muy bonita —elogió.

—No tanto como usted —contestó Edwina.

—Es posible —mintió Cherry con indiferencia—. Pero yo estoy en desventaja.

—¿Por qué? —se extrañó Edwina.

—Estoy demasiado vista.

—¿Cómo? Pero si apenas sale de aquí...

—Me refiero al dueño de la casa —dijo Cherry.

—El señor Baron demostraría muy mal gusto si se cansara de usted —dijo Edwina.

—No me halague —contestó Cherry ásperamente—. ¿A qué ha venido a esta casa? La he visto llegar acompañada de ese cuervo de Winks y de otro tipo... ¿Temía Ray que se le escapara usted?

Edwina empezó a comprender lo que pasaba en la mente de su interlocutora.

Cherry podría estar enojada con Baron, incluso odiarle, pero había algo que la sujetaba al hombre: los lujos que este le proporcionaba. Si sentía celos, como parecía percibirse en sus palabras no eran celos por perder al hombre, sino por verse desplazada en la recepción de regalos costosos, amén de otras cosas no menos atractivas.

—El señor Baron estimó conveniente concederme una escolta —dijo Edwina sonriendo maliciosamente—. Algo así como una pequeña guardia de honor ¿comprende?

Edwina se ahuecó el pelo con gesto de coquetería y luego se desabrochó un par de botones de la blusa. Vio un brillo de despecho en los ojos de Cherry y se dijo que aquel podía ser un camino para su liberación.

Cherry la miró despreciativamente.

—Tanto alardear de honestidad... y va a caer como una cualquiera —dijo.

—Como usted, querida —respondió Edwina sin inmutarse—. También a mí me gustan las pieles caras, las joyas, los diamantes... una casa lujosa... ¿Por qué habría de considerarse todo esto como una exclusiva suya?

Cherry avanzó rabiosamente hacia ella.

—No lo toleraré, ¿comprende? No quiero a Baron, esta es la verdad; pero sí quiero lo que él me proporciona y que usted acaba de mencionar.

—¿Por qué no se lo dice a él? ¿Qué me cuenta a mí de sus preferencias? Yo solo debo atender a las preferencias de Ray... y si él me prefiere a mí por el momento, ¿cómo puedo resistirle? Soy una mujer débil... muy débil, señorita Minette... mucho más débil que usted. Me he cansado ya de pasar privaciones, de vivir con un sueldo ridículo...

Alargó el brazo y rozó con las yemas de los dedos el costoso collar que ceñía la garganta de Cherry.

—También— a mí me gustan las perlas, querida —agregó—. Y si Baron ha sido generoso con usted, y con las que la procedieron, porque no va a creerse que ha sido la única, ¿por qué no va a ser también generoso conmigo?

Apoyó la mano en la cadera y sacó el busto, con fingido gesto provocativo.

—¿No dijo antes usted misma que yo soy bastante bonita? A los hombres, la experiencia lo demuestra, les gusta la variedad. Y yo soy tan distinta a usted... Menos aparatosa, menos vistosa, pero más dulce, más suave y comprensiva... Sí, le gustaré a Ray, créame. A los hombres les encantan las mujeres sumisas y enamoradas y que se dejan dominar... Y a mí me agrada tanto ser dominada por un hombre con personalidad como Ray...

Los ojos de Cherry brillaban con fiebre de odio. Edwina empezó a pensar que estaba a un paso de conseguir sus propósitos.

CAPÍTULO XIV

Kent Denning se detuvo a cierta distancia del parque y observó el panorama, oculto en un lugar completamente en sombras. Se divisaban algunas ventanas iluminadas, pero el jardín estaba a oscuras.

Una silueta pasó de pronto por delante de una de las ventanas del piso bajo. Baron había colocado vigilantes en torno a la casa. Era evidente que el tipo no quería sorpresas.

Regresó al coche y cogió del asiento unos rollitos de cuerda fina y fuerte que había llevado a prevención consigo, además de unos trozos de tejido, los cuales pensaba emplear como mordaza. Sus presunciones acerca de la vigilancia de la casa se habían corroborado.

Buscó el extremo más alejado del jardín, salvó la valla y empezó el avance en silencio. A los pocos minutos divisó a un individuo parado bajo un roble de frondosa copa. El sujeto tenía en la mano una pistola.

Denning aguardó un poco. Luego dio cuatro o cinco pasos hacia el pistolero. Era un tipo fornido; un rayo de luz de la casa dio de pronto en su rostro y reconoció al sujeto que había seguido a Edwina en una ocasión.

Gery Hannis se enteró de que iba a ser atacado demasiado tarde. Cuando inició el giro, al oír un ruidito a su espalda, algo cayó sobre su cabeza, dejándolo atontado.

Antes de que pudiera reaccionar, Denning loató rápida y diestramente, colocándole una tira de tela sobre la boca. Sonrió; uno de sus enemigos estaba fuera de combate.

Diez minutos más tarde, alcanzó a Winks.

El secretario sintió un vivísimo terror cuando un brazo rodeó su garganta.

—También tú interviniste en el asesinato de Grundig —dijo una

voz susurrante a su oído—. ¿Qué pasaría, si yo apretase un poco más de la cuenta? ¿No te imaginas lo que padeció Grundig colgado de la cuerda?

Winks sudaba de espanto. Denning era muy capaz de hacer lo que decía y él se sentía completamente inerte en sus manos.

La pistola de Winks pasó a poder de Denning.

—¿Quién más hay vigilando en el jardín? —preguntó—. Cuidado con alzar la voz o te rompo el cuello.

—Sands... y Ha... Hannis...

—No cuentes a Hannis; está fuera de combate. ¿Sólo Sands?

—Nadie más... lo juro... —mintió Winks.

—Está bien. Llámale, pero sin alzar demasiado la voz; en tono normal. Dile que me has capturado y que me cubres con tu pistola. Si dices otra cosa distinta, date por muerto. ¿Entendido?

—Sí... sí —gimió Winks—. Haré lo que usted me ordena...

—Vamos, llámale.

La voz de Winks se dejó oír enseguida:

—¡Sands... ven aquí!... Vamos, date prisa, ya le he atrapado... Lo tengo cubierto con mi pistola...

—Ahora mismo, señor Winks —contestó el pistolero desde unos treinta metros de distancia.

Inmediatamente, Denning golpeó a Winks en la cabeza y lo dejó sin sentido. Luego lo arrastró hasta situarlo al pie de la casa y se apostó junto a la esquina.

Sonaron unos pasos rápidos. Sands apareció ante su vista.

—Sands —llamó Denning.

El pistolero se volvió. Un puño partió proyectado hacia adelante con irresistible violencia y se estrelló contra su mandíbula.

Denning se chupó los nudillos. Ya tenía el camino despejado.

En pocos minutos inmovilizó a los dos rufianes. Luego levantó la cabeza hacia la mansión.

—Y ahora —murmuró— tú y yo vamos a vernos las caras.

* * *

La puerta de estancia se abrió y Ray Baron dio dos pasos en su interior, antes de darse cuenta de que Edwina no estaba sola.

Frunció el ceño.

—¿Qué haces tú aquí? —exclamó, dirigiéndose a Cherry.

—Se siente un poco resentida —intervino Edwina, antes de que la otra pudiera contestar.

—¿Resentida? —murmuró Baron, intrigado.

Edwina avanzó hacia él con paso ondulante.

—Claro, querido. Se da cuenta de que ha perdido favor y es lógico que no le guste verse postergada. Porque ahora tú solo me quieres a mí, ¿verdad?

Baron estaba atónito. Súbitamente, Edwina le echó los brazos al cuello y frotó su mejilla contra la suya.

—Lo hemos tenido callado durante mucho tiempo —dijo, con acento insinuante—, pero ya no tenemos por qué ocultarnos a la vista de la gente. ¿No te parece, cariño?

Baron emitió un juramento.

—¡Suélteme, estúpida! —gritó.

—Pero, Ray, no hace falta ya que disimules... Cherry sabrá ser comprensiva. Ahora le toca el turno a ella... como antes le tocó a otra, ¿no es cierto, querida? —dijo Edwina, volviéndose hacia Cherry, pero sin soltar a Baron—. En este mundo hay que saber ganar, pero también es preciso saber perder...

Furioso, Baron agarró los brazos de la joven y la apartó de sí a viva fuerza.

—Señorita, no sé qué pretende de mí, pero le aseguro...

Edwina continuaba sonriendo.

—Querido, no es necesario que finjas. Cherry lo sabe todo —dijo.

—¡Es mentira! —aulló Baron.

Cherry estaba palidísima. Su pecho subía y bajaba espasmódicamente. La envidia, más que los celos, corroían su ánimo. Baron la lanzaría ahora a un lado, como un trapo viejo, y...

Edwina meneó la cabeza.

—Ya le he dicho que no es necesario que disimules y que Cherry es muy comprensiva. Cherry, querida..., ¿cuándo hace usted las maletas?

De repente, la joven echó a andar hacia la puerta.

—No voy a hacer la maleta, pero sí me iré a la Jefatura de Policía —anunció.

—¡Cherry! —rugió Baron.

Ella se volvió.

—En tres años, he visto y oído infinidad de cosas. Imagino que el fiscal Tilford dará saltos de alegría cuando me siente frente a él, dispuesta a contar todo lo que sé, que no es poco.

Baron alargó la mano y agarró su brazo.

—Tú no saldrás de aquí —dijo rabiosamente.

Ella le abofeteó.

—Suéltame, maldito... Iré y lo diré todo. Todo, ¿me oyes?

Pegó un fuerte empujón a Baron y lo hizo retroceder un par de pasos. Luego echó a correr hacia la puerta.

Baron recobró el equilibrio y lanzó un espantoso grito:

—¡Cherry!

La mujer se volvió.

—Adiós, imbécil...

De pronto, un alarido de horror se escapó de sus labios.

Cegado por la ira, Baron había sacado una pistola. El arma detonó estruendosamente.

Cherry se llevó las manos al pecho, vaciló un momento y luego, cerrando los ojos, cayó sin lanzar un solo gemido.

Aterrada, Edwina retrocedió varios pasos. Ella no había querido llegar con su comedia a un extremo semejante. Sólo había pretendido...

Baron se volvió hacia ella. Una luz de demencia brillaba en sus ojos.

—No puedo dejar testigos —murmuró, a la vez que apretaba el gatillo de nuevo.

Denning oyó los estampidos desde el vestíbulo. Inmediatamente, se lanzó a la carrera hacia arriba.

Divisó una puerta entreabierta. Pistola en mano, se acercó y miró a través del hueco.

Una oleada de ciega furia le acometió al ver a Edwina tendida en el suelo. Pegó un terrible puntapié y la puerta giró con violencia.

Baron se volvió al oír el ruido. Su cara perdió el color cuando se vio encañonado por un arma.

Aprensivamente, se lamió los labios.

—No... no dispare, Denning —dijo—. Ha ocurrido una terrible desgracia... Créame, yo no tengo la culpa...

El joven arrojó una mirada hacia Cherry, cuyo pecho estaba

lleno de sangre.

—Ha sido usted —dijo acusadoramente—. Ha matado a las dos...

—No es cierto. La periodista...

La mano de Denning se elevó lentamente.

—Voy a matarle. Baron —anunció.

El dueño de la casa palideció horriblemente.

—Usted... no puede... Le aseguro que fue un accidente...

La negra boca del arma estaba encarada al frente.

Baron pudo ver la crispación del índice de Denning.

—Fue la periodista... —insistió, invadido por un terror espantoso.

—Usted mató a las dos —acusó Denning, ahora lleno de una extraña calma.

—No hay testigos, en todo caso.

—Yo puedo atestiguarlo —dijo el joven.

—¿Usted? Llegó cuando las dos yacían en el suelo. No vio nada. ¿Cómo podría afirmarlo ante un tribunal?

Denning vaciló. Baron lo advirtió y recobró en parte su presencia de ánimo.

—Saldré con bien de esta —dijo—. Me costará dinero, es cierto, pero lo tengo en abundancia. Tal vez pierda el crédito durante algún tiempo, pero luego todo se olvidará...

La mano de Denning bajó hasta su costado.

—Es posible —admitió—. La gente olvida muchas cosas. El paso del tiempo lo borra todo. Todos acabaremos por olvidar que un día lo ahorcaron a usted por el asesinato de dos mujeres... por el asesinato de Abe Grundig... por tantos otros crímenes...

—¿De veras? —se burló Baron—. Habrá un poco de escándalo, es cierto, pero eso se pasará, se lo aseguro.

—Muy bien —dijo Denning—. En tal caso, no tendrá usted inconveniente en que llame a la policía.

—Ninguno —contestó Baron con acento complaciente. —Nadie más que yo se siente interesado en el absoluto esclarecimiento de la verdad.

—En eso están de acuerdo. Por cierto, observo que no me ha preguntado por Winks y los otros. Están en el jardín, atados y amordazados. Mintle no se ha ido de la ciudad; lo tengo bien

guardadito y ha confesado ser uno de los que ahorcaron a Grundig...

Baron volvió a palidecer. Denning se acercó a él y se cambió la pistola de mano.

—No quiero estorbos mientras hablo por teléfono —dijo.

Por segunda vez aquella noche, Denning utilizó su puño con efectos devastadores. Baron emitió un ahogado gemido y cayó de espaldas, perdido el conocimiento instantáneamente.

Denning arrojó una rápida mirada hacia Edwina. Luego, girando sobre sus talones, echó a correr hacia la planta baja, en busca de un teléfono.

Cuando llegaba al pie de la escalera, vio que se abría la puerta y que Mulligan se disponía a entrar en la casa.

Denning se dio cuenta de que Winks le había engañado, mencionando uno menos de los vigilantes que en realidad custodiaban el edificio. Pero era hombre de reacciones rápidas y su bala alcanzó a Mulligan en un hombro antes de que el pistolero tuviera tiempo de tomar puntería.

CAPÍTULO XV

El juicio se había celebrado en medio de una enorme expectación.

Los abogados de Baron habían rebatido, una por una, todas las acusaciones del fiscal. La absolución parecía inminente.

Sentado junto a su defensor principal, Baron sonreía con aire de superioridad. Había sufrido graves pérdidas, pero se reharía.

Reorganizaría sus negocios. Tenía dinero en abundancia. Volvería a empezar. *Gauntville* volvería a sentir de nuevo el peso de su mano.

—Y en consecuencia —dijo su defensor—, solicito la absolución de mí cliente por falta de pruebas que demuestren su culpabilidad.

Tilford no se inmutó.

—¿Está seguro el distinguido defensor de que su patrocinado es inocente?

—En efecto, señor fiscal.

Tilford se volvió hacia el juez.

—Con permiso de Su Señoría, voy a presentar las pruebas precisas que me permitirán establecer uno solo de los crímenes imputados a Ray Baron, aquí presente. Uno solo, pero será suficiente para que el jurado apruebe un veredicto de culpabilidad.

El juez se dirigió al defensor.

—¿Alguna objeción? —preguntó.

El defensor sonrió displicentemente.

—Ninguna, Señoría —contestó.

—Está bien —dijo el juez—. El señor fiscal procederá a presentar las pruebas aludidas.

Tilford hojeó unos documentos que tenía sobre su mesa.

Luego dijo:

—Tengo aquí una declaración firmada por un tal Farcey

Mulligan, en la que se dan numerosos detalles acerca de un asalto al periódico *Gauntville Blade*, asalto ordenado por el acusado. Mulligan corroborará personalmente su declaración, pero en momento más adecuado.

»También poseo una declaración firmada por el llamado Rocky Mintle, en la cual se indican todos los detalles del que se supuso suicidio de Abe Grundig, director y propietario del periódico antes aludido. En su momento, Mintle depondrá personalmente ante este tribunal.

»Johnny Teane nos dirá asimismo algo acerca del tráfico de drogas que se desarrollaba en el local que él dirigía, propiedad del acusado, cuyo tráfico se desarrollaba con su conocimiento y bajo su inspiración y anuencia.

»Hatt Winks, secretario personal del acusado, dirá cosas muy interesantes sobre los libros falseados, a efectos de evasión de impuestos. Ah, y Winks también intervino personalmente en el asesinato de Grundig...

»Pero no es por estos delitos por los que pediré la pena de muerte para el acusado, sino por el asesinato de la llamada Cherry Minette, asesinato cometido por él personalmente...

El defensor se levantó, como picado por un áspid:

—¡Protesto, Señoría! La señorita Minette murió accidentalmente...

Y el juez se volvió hacia Tilford.

—Señor fiscal, pruebe su acusación o retírela —ordenó.

—En efecto, señoría, probaré mi acusación. Repito que el acusado disparó y causó la muerte de la llamada Cherry Minette.

—¡No hay testigos! —bramó el defensor.

—¡Hay uno! —contestó Tilford con voz tonante—. Hay un testigo que presencié cómo el acusado disparaba a sangre fría contra la señorita Minette.

—Si el fiscal se refiere a Kent Denning, le recordaré que este testigo ha reconocido haber llegado al lugar del crimen cuando las dos mujeres yacían muertas...

Tilford sonrió.

—Es que solo murió una: Cherry Minette. La señorita Thorren recibió una herida grave, pero no mortal, y ahora mismo declarará ante la sala lo que sucedió el día en que Cherry Minette fue

asesinada.

Baron se hundió en su asiento. Su cara se volvió gris repentinamente.

Tilford se dirigió al alguacil.

—Haga el favor de citar como testigo a Edwina Thorren —ordenó.

—Sí, señor.

* * *

El alguacil se acercó a una puertecita lateral y la abrió. Luego dijo:

—Señorita Thorren, se la cita a declarar como testigo de cargo en el caso del Estado contra Ray Baron.

Pálida, con las huellas de los padecimientos todavía en su rostro, Edwina entró en la sala.

Su mirada se cruzó un instante con la de Denning, sentado como ayudante especial junto al fiscal.

Después miró a Baron. Este la miró con ojos extraviados.

Baron comprendió en aquel momento que esta vez no habría para él un veredicto exculpatorio. Ahora no se pronunciaría una absolución «por falta de pruebas».

Instintivamente, se llevó la mano al cuello. Ya creía sentir en su carne el áspero roce de la soga de cáñamo.

* * *

El *Herald* publicaba la noticia en primera página:

«¡Baron, condenado a muerte! ¡Probada su culpabilidad en el asesinato de Cherry Minette! ¡Sus secuaces declaran en su contra, ansiosos de obtener una reducción en sus condenas! ¡A pesar de todo, Winks, Mintle y Sands han sido también condenados a la última pena!»

Denning sonrió y arrojó el periódico a un lado.

—Esta vez no ha habido falta de pruebas —dijo—. Al contrario, se encontraron por todas partes.

—Ha sido como sacar cerezas de un cesto —dijo Tilford, sonriendo, a la vez que su esposa entraba con una botella de

champaña y unas copas en una bandeja—. Ahora todos tenían prisa en sacudirse las pulgas de encima.

—No seas vulgar, Justin —le reprochó su mujer, sonriendo—. Edwina, tienes que tomar una copa. Te hace falta mucho color en la cara.

—Aún no he terminado mi convalecencia —contestó ella.

Mildred Tilford miró a Denning.

—Me imagino que no faltará quien cuide de ti hasta que te hayas repuesto del todo. ¿O quizá me equivoco, Kent?

Denning tosió.

—Antes he de contar con el permiso de la paciente —respondió.

—Yo creo que ya te lo ha otorgado —dijo Tilford de buen humor, mientras forcejeaba con el corcho de la botella—. Oye, ¿cómo se te ocurrió la idea de esconder a Edwina?

—Baron creía haberla matado también —respondió Denning—. Estaba acostumbrado a que otros hicieran por él sus sucias faenas.

—No entiendo, Kent.

—Muy sencillo. La herida de Edwina estaba en la parte alta del pecho.

—Y tú te diste cuenta de que respiraba.

—Exactamente. No quise decirlo delante de él —Denning frunció el ceño—. Si Baron hubiera sabido que Edwina vivía todavía, aun hallándose preso habría sido capaz de movilizar sus influencias para contratar a unos pistoleros que eliminasen al único testigo que podía originar su condena.

—Sí, fue una buena idea mantener el secreto —corroboró el fiscal—. Y así, cuando sus compinches se dieron cuenta de que Baron estaba perdido, lo soltaron todo sin apenas presión de ninguna clase.

El corcho saltó por fin. Tilford llenó las copas y luego levantó la suya.

—No quiero brindar por mí éxito —dijo—. Sería demasiada presunción por mí parte. Brindaré por algo más simpático y atrayente.

—Por una boda muy cercana —sonrió su esposa.

—Exacto —Tilford miró a sus huéspedes—. Por los futuros señores Denning. —Bebió un sorbo—. ¿Por quién vas a brindar tú, Kent?

El joven contempló su copa un momento.

—Lo haría por una ciudad que será más limpia en lo sucesivo, pero no quiero dejar de recordar a una hermosa mujer que me ayudó mucho: Gale Helgaard.

—Sí, fue una valiosa colaboración —reconoció Tilford—. Y tú, Edwina, ¿por quién brindas?

La muchacha sonrió.

—Bueno, habrá tantos testigos en nuestra boda... que Denning no podrá alegar un día falta de pruebas de nuestro matrimonio —dijo.

Tilford se echó a reír.

—No se le ocurriría hacerlo, ¿verdad, Kent?

Denning sonrió.

—Será una boda con todas las pruebas necesarias —contestó.

FIN

PIDA REVISTA GRATIS - PIDA REVISTA GRATIS - PIDA
REVISTA GRATIS - PIDA REVISTA GRATIS
PIDA REVISTA GRATIS - PIDA REVISTA GRATIS - PIDA

En breves semanas

Mejoramiento Físico

Desde cualquier lugar de España

PIDA REVISTA DEPORTIVA GRATIS

Grueso o delgado, joven o mayor, será bien atendido. Nuestros métodos individuales son indicados en **TODAS LAS EDADES** para la

Conservación Física, el Mejoramiento Físico y el Desarrollo Muscular.

Se pueden practicar a cualquier hora del día (mañanas o tardes) desde la intimidad de su hogar o residencia, con...

Solo 15 minutos diarios

Sin molestias - Sin desplazamientos

**ANCHAS ESPALDAS
HOMBROS ROBUSTOS-TORAX
BIEN FORMADO - VIENTRE Y
CINTURA proporcionados.**

Sin gastos ni compromisos

Solicite HOY MISMO una Revista informativa gratis

que sin ningún compromiso le enviaré por correo. En ella le informaré más detalladamente sobre la importancia de la práctica de nuestros métodos.

Foto Director:
MANUEL RILLOS

Cupón Obsequio completamente GRATIS

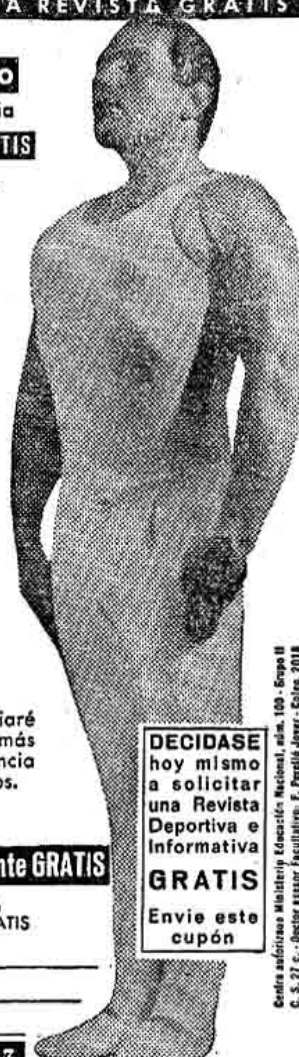
Enviando el CUPON OBSEQUIO recibirá una Revista Deportiva e Informativa GRATIS

Sr. _____

Calle _____

Ciudad _____

Provincia _____



DECIDASE hoy mismo a solicitar una Revista Deportiva e Informativa GRATIS

Envíe este cupón

143

Sansón Institut-Ap. Correos 8047-Barcelona

Centro adscrito al Ministerio Educación Nacional, núm. 100 - Grupo II
C. S. 27 c. - Doctor assar Facultades: F. Perelló Jover - Goleg. 2018



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España